

LA JOVEN EUROPA

HOJAS DE LA EUROPA ACADÉMICA COMBATIENTE

1942

CUADERNO 12

ÍNDICE

<i>Vincenzo Gioberti:</i>	La revolución europea
<i>Francisco Alfredo de Monteflor, Lisboa:</i>	La tarea oceánica de Europa
<i>Presidente del consejo de ministros interino Prof. Mihai Antonescu, Bucarest:</i>	La vitalidad de Europa
<i>Prof. Dr. Antonio Tovar, Salamanca:</i>	La guerra presente ante la historia de España
<i>El jefe interino de los estudiantes del Reich Dr. Ulrich Gmelin, Berlin:</i>	Estudiante y obrero en la nueva Europa
<i>Dr. Magnoni, Inspector de la GUF, Roma, actualmente en el frente africano:</i>	El credo de la juventud
<i>Serge Petitlaurent, Francia:</i>	La juventud ante la decisión
<i>Cyriel Verschaeve, Alveringen (Flandes):</i>	El gran despertar
<i>Prof. Karl Vossler, Munich:</i>	Del honor español
<i>Balthasar Gracián:</i>	El gran modelo
<i>Marcus J. Monrad:</i>	Política y ciencia
<i>Werner von Siemens:</i>	Viaje a caballo a través del Cáucaso
<i>Claude Henri Saint-Simon:</i>	El espíritu de comunidad europeo
<i>Erkki Melartin:</i>	Mirada hacia adentro
<i>Périkles:</i>	Los inmortales

EDITOR: INTERCAMBIO ACADÉMICO CULTURAL

PALAS



LA REVOLUCIÓN EUROPEA

LA RENOVACIÓN DE EUROPA ES EL ÚLTIMO ACTO DE UNA REVOLUCIÓN QUE HA COMENZADO HACE 500 AÑOS Y QUE NO ESTÁ TERMINADA TODAVÍA, UNA REVOLUCIÓN QUE QUISIERA LLAMAR MODERNA PORQUE ESTÁ DESTINADA A REEMPLAZAR AL ORDEN MEDIEVAL POR UN ORDEN NUEVO. EN EL TRANSCURSO DEL TIEMPO LAS DIVERSAS REVOLUCIONES DE LOS DISTINTOS PAÍSES SOLO SON PARTES DE UNA REVOLUCIÓN GENERAL QUE SURGE DEL GENIO DE LA NUEVA ÉPOCA Y QUE COMIENZA A REALIZAR ESTE GENIO EN TODOS LOS SECTORES.

LA REVOLUCIÓN ES UNIVERSAL. ABARCA TODOS LOS DOMINIOS DEL ESPÍRITU Y DE LA ACCIÓN Y DIVULGA DE ESTE MODO TODAS LAS IDEAS IMPORTANTES PARA LOS HOMBRES. SE EFECTÚA SEGÚN UNA LÓGICA DE BRONCE. AÚN DONDE PARECE INTERRUMPIDA POR TREGUAS PROGRESA CONTINUAMENTE.

ESTA REVOLUCIÓN MODERNA NO ESTÁ SUJETA A CAPRICHOS NI DEPENDE DE ARBITRARIEDADES, SINO ESTÁ GOBERNADA POR LA NECESIDAD IMPERIOSA.

VINCENZO GIOBERTI

HOMBRE DE ESTADO Y FILÓSOFO ITALIANO

1801—1852.

FRANCISCO ALFREDO
DE MONTEFLOR, LISBOA:

La tarea oceánica de Europa

Es el orgullo justo de todos los portugueses en los que vive la conciencia de la grandeza histórica de su nación que ya una vez en el transcurso de la historia surgió la idea de una «tarea oceánica» del seno de una nación europea y se disponía a realizarse. Era la época de los descubridores que produjo hombres temerosos y heroicos, en la que portugueses seguramente *impulsados también por el espíritu de Fausto* de los grandes aventureros clásicos, más sin embargo inspirados por la idea de desempeñar un papel de importancia europea paseaban la mirada por los océanos, cruzaban mares desconocidos, descubrían continentes nuevos y exploraban a mundos extraños. No solo motivos egoistas ni tampoco el «*auri sacra fames*» (que naturalmente entraba en cuenta también) ha creado esa voluntad de vencer a todas las posibilidades imprevistas de un porvenir incierto: el hecho ya que en aquella época *hubo* hombres que a pesar de las imperfecciones de sus recursos medievales eran capaces de realizar trabajos tan admirables — trabajos que por muchos siglos en aquellas zonas lejanas formaban la base para una obra colonizadora y cultural grandiosa — es indudablemente prueba segura ya de que en aquella época existían instintos innatos y vigorosos e ideas colonizadoras y civilizadoras conscientes.

Por estos hechos históricos yo como portugués creo tener la capacidad e incluso cierto derecho de hablar de la *tarea oceánica de Europa*. Se de las insuficiencias que acompañaron al nacimiento de esta idea y de los obstáculos que le han cerrado el paso en el transcurso de la historia; pero también conozco a los principios fundamentales desde los que puede desarrollarse una tarea de importancia universal. Porque aquí no se trata de un edificio artificial, sino del *desarrollo y del crecimiento* de una planta cuyas semillas descansaron en el seno de la tierra durante siglos y cuya potencia germinativa está ahora a punto de despertar bajo la influencia de la energía vital de una nueva época, de una generación joven, vigorosa y fértil.

El ejemplo contrario de la historia

La historia de los últimos siglos nos ofrece — felizmente por decirlo así — un ejemplo instructivo como *no* debe formular a la

idea de una tarea oceánica el cerebro de una nación europea; conocemos los motivos que acarrearón el fracaso del desarrollo y de la realización práctica de esta idea — (admitiendo que tal idea existía realmente según siguen creyendo muchos todavía.) Es la historia inglesa de los siglos 17., 18. y 19 que nos ofrece este ejemplo tan trágico como negativo. El desarrollo político, marítimo y económico de Inglaterra durante estos siglos era un auge sin par, la transformación de una pequeña nación insignificante sobre una menuda isla del Mar del Norte en una gran potencia y en un imperio «oceánico» en todo el sentido de la palabra.

Parecía que el destino había encargado a un «pueblo de Dios» europeo de una gran misión de valor inestimable y de medidas que abarcaban al espacio de todos los océanos: es decir de la misión de organizar a todos los esfuerzos del Occidente para civilizar y colonizar a los pueblos no civilizados todavía, de relacionarlos y de dirigirlos, de explorar a las fuentes de riqueza necesarias para la prosperidad de las naciones europeas para de este modo llevar a cabo a las ideas que la una o la otra nación europea sola no era capaz de realizar. Y en efecto: en aquellos siglos ninguna otra nación europea hubiese tenido la capacidad y el *poder* de hacerse cargo de esta tarea más honrosamente que la nación inglesa que ha sabido mantener durante siglos a la ficción de su misión oceánica y grabarla en los cerebros de muchas naciones como un dogma francamente incontestable.

Esta voluntad consciente de mantener a esa ficción prueba indudablemente que la idea de esta tarea oceánica ha existido en Inglaterra. Pero desde un principio se le comprendió en un sentido egoísta, fué tachada por el espíritu mercantil y se abusó de ella para fines imperiales. No fué llevada a la práctica para explorar fuentes nuevas para el *bien común* de una comunidad europea sino únicamente para conquistar bases y colonias, para crear una red oceánica extensa de esferas de influencia política y por explotar brutalmente a las regiones conquistadas en provecho de algunos privilegiados de la economía nacional. A ello correspondían los medios empleados: opresión y aniquilamiento brutal, comercio de esclavos y opio, aguardiente y la Biblia, discordia entre naciones que hasta entonces habían convivido en paz, explotación de diferencias religiosas y raciales atizando guerras coloniales, engaño de los aliados, traición sin escrúpulos, crímenes y abusos inauditos — esas son las etapas en el camino por el que ha andado la pérfida Inglaterra y que alzando los párpados hipócritamente ha designado como su «misión oceánica».

De este modo tuvo que *fracasar* la misión oceánica, condenada a muerte desde un principio. Y actualmente somos testigos del derrumbamiento completo de una obra que de antemano llevaba en si los gérmenes de la destrucción porque quería basarse artificialmente en el egoísmo, en el imperialismo y en el mercantilismo.

Eso es lo negativo. Las líneas de orientación positivas se perfilan ahora con toda claridad.

El puente a través de los océanos

1. Como todas las ideas el concepto de una «tarea oceánica de la Nueva Europa» depende de la existencia de ciertas *condiciones espirituales*. Según hemos mencionado ya no se puede comparar la comprensión de ideas de alcance universal a la erección de un edificio aunque la construcción fuese esbozada de modo que duraría siglos sino únicamente al engendramiento y al desarrollo en cierto modo biológico de un *ser viviente*. Pero eso es cosa del *dinamismo*, no de la *estática*. Lo mismo si se trata de una nación o de una comunidad de naciones: la idea de una tarea oceánica no puede nacer del entorpecimiento estático de una nación o de un grupo de naciones que solo tienen interés en conservar a un edificio terminado ya en su estado tradicional, aunque con ciertas variaciones y adaptaciones a las formas modernas. *Esta* tarea puede surgir únicamente del *dinamismo* de las energías vitales de una generación joven. Partiendo de este punto de vista llegamos a la conclusión:

Condición fundamental de la tarea oceánica de la Nueva Europa es el dinamismo de una vigorosa disposición de la comunidad de las naciones jóvenes de Europa a darse cuenta de una tarea que *construye puentes espirituales, culturales, geopolíticos y económicos a través de todos los océanos del mundo*. La rancia y estéril democracia anglo-sajona no puede ni comprender ni realizar tal tarea; sino únicamente el dinamismo de las naciones jóvenes y revolucionarias de la Nueva Europa posee aptitud y capacidad para engendrar como idea y realizar como obra una misión oceánica.

Los fundamentos básicos

2. La Nueva Europa no puede hallar jamás en el *egoísmo* el móvil principal para encargarse de la tarea oceánica. Eso lo hemos visto en nuestro ejemplo negativo. Egoísmo es siempre síntoma de flaqueza, el altruismo verdadero prueba que existe una *conciencia de responsabilidad*, en nuestro caso no solo ante la comunidad de

la Nueva Europa sino también ante la tarea oceánica en sí. Bien sabemos: en la vida real no hay ningún «altruismo puro». También en el caso en el que la tarea oceánica comprendería a cierto egoísmo sano este resulta solo de la conciencia de responsabilidad ante el porvenir de una comunidad como la que representa la Nueva Europa. Solo el concepto de «misión» por ejemplo excluye ya móviles puramente mercantiles y tiende a un *deber moral*: proporcionar los conocimientos, las capacidades y los progresos de índole científico, cultural y civilizador, en una palabra el conjunto de adquisiciones espirituales y materiales del sujeto (Nueva Europa) al objeto, es decir al mundo en su totalidad, limitado solamente por los océanos.

Esta definición de los impulsos hacia la tarea oceánica de la Nueva Europa encierra en sí el axioma que *no deben ser nacionales* — en este caso aspirarían nada más que a fundar y a fomentar colonias — y tampoco *internacionales* — tanto el internacionalismo de la plutocracia mundial como el internacionalismo de la ideología bolcheviquista no tienen absolutamente nada que ver con la «tarea oceánica» —; a la tarea oceánica solo se la puede comprender como *idea sobrenacional a base de impulsos sobrenacionales* espirituales de la conciencia de responsabilidad de una comunidad limitada (Nueva Europa) frente a la comunidad ilimitada de los pueblos «oceánicos».

Europa y el mundo

3. En la base de estas condiciones se perfila claramente *el conjunto de intención y finalidad* de la tarea oceánica de la Nueva Europa. Ya hemos indicado que la tarea oceánica de Europa no debe tener de principio ningún carácter «puramente político». Colonización en el sentido corriente, incluso relacionada con móviles civilizadores y culturales — es y será en el fondo una cuestión de la política colonial nacional. En cambio la tarea oceánica no es ningún problema de la política colonial, sino *un asunto de la finalidad geopolítica*. Crear las condiciones espirituales para la estructuración de un nuevo orden universal, preparar al mundo oceánico para la acogida de las ideas del nuevo orden nacidas de la revolución espiritual de las naciones jóvenes y rejuvenecidas, organizar a los espacios vitales en *armonía* con estas ideas fundamentales revolucionarias, tales son los fines principales de la tarea oceánica de la Nueva Europa.

Sería condenar esta tarea al fracaso de antemano si aspiraría a la *dominación* de otras naciones y de otras razas. Solo el hecho

que al realizar esta tarea Nueva-Europa tiene que fomentar las relaciones más íntimas con naciones y razas de cultura antigua de alta perfección de un sentimiento de independencia muy desarrollado excluye bajo todos los puntos de vista a todos, absolutamente a todos los fines de una dominación. (Véase el ejemplo del Extremo Oriente: «El Asia para los pueblos asiáticos.») A la tarea oceánica no se la realiza bajo el lema de «dominación» sino únicamente bajo el lema de «*cooperación y compensación*».

En los dominios materiales se exteriorizan estos fines por el axioma del «*bien común*», no solo común al sujeto sino también al objeto. Nuestro ejemplo negativo nos ha convencido que todo intento de *explotación* es el enemigo mortal de una misión oceánica. El mundo oceánico no se sentirá en adelante víctima de la explotación como bajo el antiguo sistema de las democracias plutocráticas. Al contrario tendrá la impresión persuasiva que la Nueva Europa no se propone ni más ni menos que *reorganizar* a un mundo destruido por la guerra actual, a *pacificar* a un mundo desunido hasta en sus fundamentos, a ofrecer sus capacidades organizadoras y sus adquisiciones espirituales y económicas para introducir un nuevo orden universal y para *elegir al tenor de vida de todos, a explorar para todos* a las riquezas de la tierra en vez de esclavizar a los hombres y de explotar su trabajo. — En todo otro caso la tarea oceánica de la Nueva Europa sería condenada de planta a raíz a fracasar miserablemente.

Hay bastantes trabajos de importancia universal y de alcance oceánico cuya necesidad es generalmente reconocida y cuya realización solo puede ser *la obra de la cooperación de todos* y por lo tanto el objeto de una misión oceánica. Solo mencionamos a la *lucha gigantesca contra las epidemias* que todos los años exigen hecatombes de víctimas humanas, a la lucha contra las *enfermedades contagiosas y tropicales* que salvan los límites de los continentes y se burlan de los esfuerzos de los individuos y de naciones aisladas. Mencionamos a los problemas de las *comunicaciones ferroviarias y aéreas* intercontinentales y a la reconstrucción basada en el nuevo orden del *tonelaje mundial* y del *comercio universal* destruidos. Todos estos problemas solo se puede solucionar por medio de trabajo común, adaptación y compensación de *energías comunes* que por la misión oceánica de la Nueva Europa han sido despertadas y dirigidas hacia la obra por su voluntad común.

Para caracterizar por último el alcance universal de la tarea oceánica de la Nueva Europa queremos indicar todavía solo dos ejemplos del dominio de la economía.

La cuestión del acceso libre a las materias primas

Hace poco un hombre de Estado americano ha pronunciado la profecía sumamente inteligente que el nuevo orden universal según se lo imagina la plutocracia democrática garantizaría a todas las naciones dispuestas a someterse a *este* orden el acceso libre a los océanos «para poder adquirir a las materias primas necesarias». La ridiculez y pobreza de esta opinión son evidentes: porque «adquirir» significa naturalmente «comprar» y esta constatación estúpida intenta a eternizar al estado antiguo de los «acomodados» y los «have-nots» que no le agrada a nadie más que a los plutócratas. La Nueva Europa está encargada de la «tarea oceánica» de transformar en propietarias a las naciones que no tienen nada y de librar al mundo de la dependencia de las «naciones acomodadas». Ya se ha acometido al problema del libre acceso a las materias primas y se solucionará totalmente y eso dentro del margen de la tarea oceánica de la Nueva Europa y *de acuerdo con el nuevo orden* que surgió del espíritu de la Nueva Europa y que será realizado en este espíritu.

Dinero y trabajo

En los últimos años ha tenido lugar una revolución fundamental nacida en el seno de las jóvenes naciones revolucionarias y que tendrá consecuencias de alcance oceánico. Era la revolución de un concepto de la región de la economía pública. El patrón oro ha sido echado del trono de su poder y despojado de sus derechos intactos hasta ahora. El patrón «trabajo» como nuevo concepto del dinero ha llegado al poder en la vida económica de las naciones. Aquí no se trata de sueños futuros ni de principios que en un porvenir mejor «quizás» quieran realizarse alguna vez, sino de realidades palpables y de hechos ya consumados. Sin la estabilidad del patrón a base del trabajo sería absolutamente imposible para las potencias del Eje hacer esta guerra y el hecho que en tres años de la guerra actual las «Naciones Unidas» con sus reservas de oro y con la base de oro necesaria para su patrón todavía no hayan ganado la guerra es un síntoma contundente que no la ganarán jamás porque el dios Dinero ya fué destronado.

Aun sigue la lucha entre los dos conceptos del dinero que abarcan al destino. Es una lucha a muerte. El final de esta guerra será la victoria del nuevo orden y la liberación del mundo de las cadenas del orden antiguo. *Entonces* la tarea oceánica de la Nueva Europa tendrá que realizar también el fin de reorganizar a la economía mundial en la base del «patrón trabajo».

PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS INTERINO
PROF. MIHAI ANTONESCU, BUCAREST:

La vitalidad de Europa

Europa vive actualmente horas trágicas e imponentes. La portadora de las energías eternas que con su potencia espiritual sublime plasmó y condujo al mundo hoy está profundamente agitada por la carga pesada de la guerra y por el atropello de las naciones.

Como miembro de un sistema universalista y bajo la tiranía de potencias internacionales Europa se transformó poco a poco en instrumento para la conservación del equilibrio en el juego de las energías británicas y en un objeto de experimentación para conceptos cosmopolitas mientras que su vida política se pasaba más bien en palabras que en realidades.

En vez de crear un concepto de la vida armonioso, en vez de defender a las tradiciones reales del Continente y de crear una unidad europea por una rigurosa síntesis económica elementos ajenos a Europa juntos con potencias internacionales dominantes han enemistado entre sí a las naciones europeas. Primero acarrearón una paralización de las energías nacionales para dejar después entrechocarse a las tensiones y promover la guerra por su avidez de las riquezas del Continente.

Subyugada por las percepciones cosmopolitas Europa se hallaba ante una transformación bolcheviquista total.

Cegada por los conceptos del pacifismo por los que las potencias extraeuropeas e internacionales pudieron ejercer su dominio egoísta Europa se hallaba solo a un paso de la anarquía interior, de la invasión de hordas bolcheviquistas desde el Este que intentaban con tenacidad y alevosía a transformar a Europa en *una península mísera del bolcheviquismo ruso*.

Actualmente como la guerra en el Este revela la potencia militar preparada por los comisarios del pueblo bajo la cubierta de los discursos pacifistas del camarada Litwinoff, actualmente cuando cada europeo comprende lo que hubiese sido de Europa si a la presión imperialista de Moscú no se hubiese opuesto en Europa una barrera sólida sino únicamente palabras pacíficas y medidas de seguridad internacionales y retóricas todos los europeos se dan cuenta exacta que la guerra contra el bolcheviquismo no es la del Führer Adolf Hitler sino una guerra del Continente entero. Cada nación que lucha en el Este cumple una *gran misión europea*. Con eso se realizó un paso enorme hacia la construcción activa y armoniosa de Europa.

La misma misión de defender al Continente la han cumplido las naciones jóvenes de Europa también en el sector espiritual al oponer a los conceptos cosmopolitas y a las simulaciones de la idea comunista un concepto nacido de su propio espíritu firmemente arraigado y basado en la justicia social.

*

El nacionalismo y el fascismo formaron la primera barrera espiritual contra la anarquía marxista.

El nacionalsocialismo y el fascismo fueron los primeros que se presentaron a la lucha oponiendo a las antiguas formas de gobierno y a las utopías comunistas la fórmula de la comunidad de Estados, *una síntesis de las capacidades constantes de las naciones.*

Por la *lucha* gigantesca que lleva Europa, por la creación de los nuevos *fundamentos espirituales* que resultaron de la revolución nacionalsocialista y fascista, por el *sacrificio* de las naciones que hicieron frente al comunismo que sea bajo la forma de una guerra civil — como en España — o bajo la forma de una invasión y de un derribo de las fronteras justas — como en Rumanía y en Finlandia — y sobre todo por esta gran guerra que actualmente hacen las potencias aliadas y unidas de Europa, por todo esto Europa no solo prueba una *vitalidad* capaz de resistir a todos los peligros exteriores sino también una comprensión definitiva de su *misión histórica.*

*

La guerra no es más que un medio. *El gran fin es la estructuración europea.* A las naciones de Europa se ha puesto la tarea de proporcionar a su vida un sentido nuevo, una dirección nueva y un nuevo contenido espiritual.

Solo por la fusión del espíritu europeo, solo por una grandiosa síntesis espiritual de las naciones europeas y por una reorganización de la lista económica del Continente se puede asegurar a los derechos vitales de Europa y se puede salvar a Europa misma.

*

Para volver a hallar su potencia dentro de la estructura del mundo y para cumplir su misión del equilibrio entre los continentes Europa debe unirse.

Solo de este modo Europa podrá cumplir ante el mundo con su tarea prominente cultural y civilizadora.

Solo de este modo Europa podrá defenderse en el dominio económico y militar dentro del concurso de los continentes.

El siglo XX es el siglo del continente.

Las naciones y los Estados se posponen a los espacios continentales mayores. Es el gran mérito de Adolf Hitler que no solo

comprendió a la ley eterna de la vida en la evolución poderosa de las razas hace veinte años ya, sino que ha indicado también a Europa el camino de su salvación extirpando al bolcheviquismo.

Ahora que todos los continentes aspiran a su unidad y algunos han consolidado ya al poder de esta unidad es un deber de Europa aunar a las energías de todas sus naciones y proporcionar a la lucha actual de las naciones jóvenes *el gran sentido histórico de la reconstrucción de la Europa auténtica.*

Esta Europa nueva no ha de ser fundada en contrastes negativos como los del Tratado de Westfalia o en intenciones de venganza ulterior. La paz no debe basarse en ficciones universalistas o en intereses divergentes de potencias extraeuropeas.

Europa pertenece a los europeos y pertenecerá a los europeos. Ante todo pertenecerá a los europeos *verdaderos.*

Una unidad europea espiritual que permite a cada nación sus particularidades y sus rasgos característicos de los que surge la vitalidad nacional pero que por el otro lado tiende a una armonía espiritual y a una cooperación económica significa el primer paso que es menester hacer bajo la consigna de la guerra actual.

Dos factores importantes han dominado al orden europeo durante los siglos:

El factor positivo de la unidad romana en la antigüedad y el factor negativo de la desunión después del Tratado de Westfalia. Estos dos factores deben servir de ejemplo a la Europa venidera.

Según la experiencia romana debemos esforzarnos por organizar a Europa en fundamentos unitarios y resistentes.

Hay que tener en cuenta que la tendencia unificadora de la constitución de Antonio mancomunó a la Roma antigua mientras que la tendencia uniforme y no unificadora de Julio Cesar extenuó al poder del Imperio Romano y eso por destruir a las particularidades nacionales que habían sostenido la vitalidad de la gran confederación romana.

La experiencia del Tratado de Westfalia nos ha de servir de ejemplo que no se puede luchar contra las fuerzas naturales y que no se puede impedir a la unificación biológica de las naciones mientras lleven en si fuentes de vida verdaderas.

Otro ejemplo dice que es insensato separar en vez de unir y que un equilibrio positivo de unidad y cooperación vale más que un equilibrio negativo que se basa en recelo recíproco y en atropellos hechos inevitables.

Solo la federación de las naciones de Europa tanto como la eliminación de la presión bolcheviquista pueden otorgar el fundamento verdadero para el orden de Europa.

La gran responsabilidad que representa la lucha actual es la institución de un continente a base de sus condiciones reales.

Hace falta erguir a la Europa venidera en *fundamentos biológicos*. Las naciones que poseen una actividad vital y que han manifestado un verdadero ánimo guerrero en las pruebas que Europa tuvo que dar en los últimos años tienen el deber y les está puesta la tarea de cumplir con la gran misión cultural de la organización europea en el Este.

Mirando hacia el porvenir y no hacia el pasado Europa eliminará a todo el legado anticuado porque una unidad verdadera del Continente se puede erguir únicamente por energías sanas y activas.

*

Junto a la comunidad espiritual se debe crear a una comunidad económica que en su realización tenga en cuenta a las condiciones económicas de Europa. Hace falta organizar en amplia base a la estructuración industrial y agrícola del Continente. Un nuevo sistema de comunicaciones asegurará al tráfico intereuropeo por múltiples vías de comunicación correspondientes a las condiciones económicas de todos los sectores de la producción.

Cada nación debe recibir su clasificación según sus calidades naturales y su mérito probado para con la comunidad europea. Así se fundará un orden para siglos.

La guerra actual es solo un medio pero el fin es la realización europea de mañana.

La corriente eterna

Sabemos que una corriente eterna fluye desde el pasado a través de nosotros hacia el porvenir y que no podemos emanciparnos de ella ni tampoco queremos hacerlo. La tarea que nos impone la reconstrucción de Europa es tan inmensa que muchas veces nos preguntamos: ¿Somos bastante vigorosos, somos bastante grandes para darle forma a esta idea gigantesca?

Pero entonces tenemos presente al frente del Este en el que se hallan idealistas jóvenes de toda Europa en una lucha común contra todas las potencias que intentan dividir y derrotar a Europa. Entonces sabemos que no perseguimos a ningún sueño utópico sino que somos los combatientes y precursores de un porvenir dichoso. Entonces sabemos que Europa vencerá.

*Voluntario de guerra
Mogens Kall-Bertelsen
Dinamarca.*

PROF. DR. ANTONIO TOVAR, SALAMANCA:

La Guerra presente ante la Historia de España

A mi hermano y camarada Joaquín Pérez Villanueva, historiador, que arde en mi misma fe.

Es sólo una paradoja más en nuestra historia el que en esta guerra, que tan directamente nos afecta y tan inmediata continúa la nuestra civil, la actitud de España esté tan extrañamente condicionada por mil diversas causas. Porque a la luz de nuestra guerra hemos visto cómo hay que revisar la historia del mundo en la edad moderna, y cómo hay que entender la guerra actual en relación con esta nueva concepción histórica, la cual puede intentar el predominio precisamente a partir del hecho del triunfo nacional de España en 1939. Puede intentarse nada menos que una explicación de toda la historia moderna de Europa partiendo de España; de España como sujeto activo en los buenos momentos, de España como ocasión en los peores.

La historia de España y de Europa ha de ser revisada en el sentido de que el mundo «moderno», esto es, utilitario, práctico, calvinista y puritano, judío, liberal, librecambista, anglofrancés y yanqui, se funda sobre la derrota de España. Toda la etapa de historia europea a cuya liquidación estamos asistiendo, liquidación que es el motivo y el fin de la lucha que Alemania sostiene, comienza contra nosotros, sin nosotros se perfecciona y significa nuestra ruina histórica.

Sólo una historiografía apasionada y entusiasta podrá conseguir que sean borradas, vueltas del revés las columnias de la propaganda de una Isabel de Inglaterra, de un renegado Antonio Pérez, que todavía más de doscientos años después tenían la virtud de imponerse, y no ya sólo en la opinión general de Europa, sino en la misma conciencia de los españoles, que han vivido en gran mayoría avergonzados de su historia, pensando que, precisamente los mejores siglos de ella, deberían ser borrados y olvidados, perdonados, para que España llegase a «alcanzar un puesto entre las naciones civilizadas».

La radical revisión de la historia de Europa es una exigencia que dará por resultado una nueva historiografía, la única capaz de explicar la nueva edad del mundo que ha de comenzar mañana. No es este el lugar, ni yo la persona, para iniciar esta revisión, tan

amplia que excede de las posibilidades de cualquier historiador que no esté superiormente dotado. Lo que quiero ahora es sólo relacionar la guerra presente con nuestra historia y explicar así la tensión con que nuestro corazón puede seguir el triunfo total de Alemania. Mientras no llegue una escuela historiográfica que modifique muchas ideas corrientes y acepte el presentar, por ejemplo, en su mayor parte la Contrareforma y el barroco como obra del espíritu universal de España, y el predominio «moderno» de Francia a Inglaterra como basado en nuestra derrota, tenemos que hacer aquí con carácter de urgencia, y a pesar de su inevitable imperfección, un examen de hechos concretos y hoy candentes.

España puede saber mejor que nadie cómo sus enemigos han provocado a Alemania a esta guerra. Inglaterra tiene como norma histórica, según es bien sabido, eliminar todo poder continental capaz de sostener unificada la fuerza de Europa. Cuando Francia quedó por fin, después de larga lucha, subordinada a Inglaterra — totalmente esto sucedió ya con la restauración legitimista de 1814, y se fué acentuando con las revoluciones de 1830, 1848, y con la marcha de la III República —, la política de Inglaterra se ha visto muy facilitada, porque a contar de entonces ya no le preocupa ni siquiera el conseguir un «equilibrio» continental más o menos aparente. La Alemania que fué creciendo visiblemente desde la época napoleónica hasta los comienzos del presente siglo, había de encontrar, en el momento oportuno, la enemistad inglesa. Y una enemistad resuelta implacable y fría, una enemistad que no se desahogaría con imponerle a Alemania una derrota, sino que se mantendría acechante y dispuesta a repetir el golpe por todos los medios y movilizandó todas las armas y todos los odios, cuantas veces fuera necesario. Ahí está 1939 como final de una etapa en que el crecimiento, orgánico y seguro, del pueblo alemán, que después de la derrota había encontrado en Hitler la mente capaz de dirigirle, tropezó con el designio británico. Con un designio que España ha experimentado en sí misma.

Declarada la profunda enemistad entre una España campeón de la unidad católica y una Inglaterra que llevaba en su equipaje el mundo moderno — recientemente ha explicado Ortega y Gasset lo que entendemos aquí bajo esta palabra, que envuelve cuanto hoy perece en dolorosa crisis —, y fracasado el intento español de desembarcar en Inglaterra unos cuantos miles de hombres que navegaban en los barcos de la Armada Invencible, Inglaterra, que había visto por un momento el peligro, se resolvió a extirparlo. Y comenzó una lucha contra España en la que saqueó los mismos puertos de la Península, Cádiz y Coruña, además de desarticular

mediante corsarios la comunicación entre España y América. España tuvo que acomodarse a una paz (1603) que permitía a Inglaterra la intromisión en América.

Si por un momento la acción del embajador español Conde de Gondomar, que fué arbitro de la elegancia en Londres y dueño de la voluntad del Rey Jacobo, y la simpatía de los Estuardos por el catolicismo parecieron hacer desistir a Inglaterra de sus planes, el pueblo inglés, en pleno crecimiento, en cuanto logró formas de vida política más adecuadas a sus necesidades, instintos y apetencias, continuó la lucha implacable: Cromwell inició una ofensiva en grande contra España, a consecuencia de la cual estableció en forma el dominio anglosajón en Jamaica, amés de otros daños.

Cuando se acentuó la agonía española en los terribles decenios finales del siglo XVII, Inglaterra, después de robarle a Portugal sus colonias, le apoyó en su independencia y dió mediante matrimonios a la nueva casa real portuguesa una parentela regia que le faltaba. Por cierto que dote de una princesa portuguesa casada con Carlos II de Inglaterra fué Tánger, que así llegó unos años a ser inglés, como en presentimiento del afán británico de establecerse en nuestro estrecho.

En la guerra de Sucesión, Inglaterra se quedó, entre otras cosas, con Gibraltar, a pesar de que había sido tomado (1704), según se sabe, con la bandera del pretendiente austriaco, el llamado «Primer Carlos III» de España, o sea, el que poco después llegó a ser Emperador Carlos IV. Pero en Gibraltar sigue aún la bandera inglesa.

¿Necesitaremos recordar las hostilidades incesantes entre Inglaterra y España en el siglo XVIII — Minorca, Gibraltar, los mares de las Antillas y de las Canarias, la Ría de Vigo, el Estuario del Plata fueron los teatros de la lucha incesante. En Trafalgar (1805) aún España pudo presentar una gran escuadra, que luchó con la de Nelson de igual a igual. Aquella derrota española equivalió de nuevo al desastre de la Invencible. Pero ahora se le vinieron a España encima las desgracias más rápidamente. La invasión napoleónica acabó con la España del siglo XVIII. Hoy no reflexionamos lo bastante sobre que la nación que en 1805 lucha en Trafalgar y tiene un poderoso ejército, sabios, sabios, y universidades y todo un mundo suyo, desde California al Estrecho de Gargallanes, en 1808 es un pueblo traicionado por sus Reyes y sus gobernantes, sin dirigentes y abandonado a la espontaneidad del instinto de defensa.

La actitud de Inglaterra entonces fué característica: una vez invadida España por los franceses, las tropas inglesas desembarcaron

en la Península, precisamente por Portugal, como libertadores y así consiguieron crear lo que ahora buscan en vano como «segundo frente». Y mientras hacían en España de campeones de la liberación, papel semejante desempeñaban en nuestra América. Militares y consejeros británicos ocuparon puestos al lado de Bolívar y demás caudillos americanos de la independencia. No está hecho el estudio de cuán grande fué la influencia anglosajona — inglesa y yanqui — en la formación del desunido mundo de la América de origen hispánico abocada desde entonces a convertirse en presa de los países más fuertes.

La España dividida y exteriormente inerte del siglo XIX quedó englobada en el sistema del Imperio inglés. El liberalismo español entregó a Inglaterra gibraltares de nuestra economía: minas, ferrocarriles; bancos, centrales eléctricas...

Desde el siglo XVI eran Inglaterra y España dos pueblos nacidos para chocar. Los dos con un ímpetu capaz de llenar el mundo. Uno se desarrolló más pronto y llegó antes a tener un poder político acorde con sus tendencias íntimas y sus ímpetus. El otro llegó un poco más tarde y tuvo que sufrir, antes de conseguir aquel poder adecuado, la crisis de la Reforma. Cervantes es un genio maduro, algo viejo ya, Shakespeare impetuoso, juvenil como la naturaleza en primavera: y murieron uno diez días después de otro.

España era un pueblo moderno, pero se empeñó en salvar al catolicismo romano, y lo consiguió en parte, a costa de sus mejores energías. Inglaterra saltó todo el lastre medieval y salió a navegar un poco tarde, pero dispuesta a quedarse con los que otros más madrugadores habían ido desflorando. Salía libre, sin compromiso, con un sano y hambriento egoísmo de fiera en la selva.

A España le tocó defender, y perdió. A Inglaterra le cayó la gran fortuna de poder atacar, atacar siempre, irresponsablemente.

Después de la lucha de tiempos de Felipe II, en que una Inglaterra juvenil y pletórica se debatió ante España en un pánico tal, que aún se descubre en el odio manifestado siglos más tarde, aniquilada por segunda vez España en Trafalgar. Inglaterra conseguía recortarnos las garras definitivamente. Fué una tenaz empresa de siglos maravillosamente consumada. El Impetu fuerte, sano, de un pueblo de presa había actuado rectilíneo y sostenido durante siglos, hasta lograr su finalidad.

Alemania ha conocido en 1914 y en 1939 los mismos asaltos de la misma fiera. Afortunadamente para ella, está segura de que su porvenir es más despejado, por cuanto la Inglaterra de Lloyd George o de Churchill no es la Inglaterra de Isabel, Guillermo de

Holanda, Pitt o Canning. El Triunfo, el poder y la riqueza acaban por ablandar y hacer viejo.

Si Inglaterra va a tener un continuador en los Estados Unidos, o no, podrá ser visto hoy como un problema. Pero que los Estados Unidos se polarizaran resueltamente en sentido anglosajón y anti-europeo, es también ¡casualidad reveladora! resultado de un choque con España.

Nuestro Desastre de 1899 tiene un sentido muy precioso en nuestra política interior: fué el fallo de la Monarquía liberal, el acabóse de todo un pasado, que si consiguió «sobrevivir» algunos lustros, fué rodeado del escepticismo del pueblo. Pero 1898 tiene un sentido clarísimo en la política internacional: alrededor de nuestra derrota, los Estados Unidos e Inglaterra sellaron su amistad definitiva y su solidaridad de lengua, cultura y sangre, mientras que se despertaba en los dirigentes americanos, en Roosevelt I especialmente, el odio a Europa, y en particular a Alemania. Gregory Mason ha podido escribir recientemente en su magnífico libro «Remember the Maine» (Holt 1939, pg. 294): „En Europa encontramos un nuevo amigo y un nuevo enemigo. La guerra hispano-norteamericana marcó el fin de nuestra tradicional hostilidad hacia Inglaterra. Y fué también el comienzo de nuestro odio a Alemania. Estas dos actitudes sentimentales continuaron y se desarrollaron durante la guerra mundial veinte años después, y así hasta la hora, día, semana y año en que esto escribo, cuando la gente de Estados Unidos, como un solo hombre, sigue con angustiada simpatía los esfuerzos de Inglaterra para impedir a Alemania que incendie Europa. En la presente guerra civil de España (potencia de cuarto orden desde 1898), la mayoría de nuestro pueblo ha estado de parte de la facción democrática, y contra el caudillaje germánico de Franco etc. etc.»

Por su parte Inglaterra cobraba su factura por la simpatía con que había visto la victoria norteamericana obligando al Gobierno de Madrid a no fortificar Sierra Carbonera.

Estos datos inconexos, incompletos, desordenados, son el índice de lo que sería una historia de España hecha con sentido político, con inquietud nacional.

Y entonces, ¡Qué mirador anchísimo para contemplar de cara y con impaciencia esta guerra, en la que es paradoja que España siga «anclada y quieta», con tanta gente cerrando los ojos! Y además esta historia, inspirada en el criterio de los fundadores falangistas le daría a Alemania la medida de cómo las simpatías de la Falange en esta lucha no se apoyan, como otras tantísimas que Alemania conoce, en ninguna momentánea razón de vil, ambicioso oportunismo político.

EL JEFE INTERINO DE LOS ESTUDIANTES DEL REICH
DR. ULRICH GMELIN, BERLÍN:

Estudiante y obrero en la nueva Europa

I.

Alemania

Es verdad que lo que en los renglones siguientes se comunica sobre la historia de los estudiantes alemanes es un desarrollo que ha tenido lugar en Alemania y por lo pronto solo es válido para Alemania. Pero la ley que de ahí resulta interesa a todas las naciones. La primera guerra mundial ha sido un aviso de conversión para los vencedores y para los vencidos, el llamamiento a un cambio para todos a fin de que se decidan si quieren cumplir las leyes de la juventud o las de la decrepitud. Lo que las naciones de las plutocracias y de las democracias occidentales *no* han comprendido es en el fondo el sentido mismo del siglo veinte: el derecho de todo hombre a trabajar y a ocupar su puesto correspondiente a su obra dentro de la nación. Así el *socialismo* — y eso no significa otra cosa que un orden de vida según el trabajo y el carácter — es una tarea de todas las naciones jóvenes. Para hacerlo vencer sostenemos esta segunda guerra mundial a cuyo fin estará la paz y con ello la posibilidad de realizar en todas las naciones jóvenes un nuevo orden social.

El deber social

Al principio del movimiento estudiantil alemán nacional-socialista está la adhesión a la clase obrera. Mucho antes del advenimiento al poder el Jefe de Distrito de Berlín ha pronunciado una vez las palabras proféticas: «Estudiantes y obreros construirán al porvenir de Alemania.» Eso era en los tiempos de necesidad suprema cuando la miseria y la desesperación reinaban en el pueblo alemán y el desconsuelo del día de trabajo político y particular paralizaba a los espíritus. De la insensatez de la situación de entonces nacía pronto la voluntad de la lucha y de la conversión sobre todo en los estudiantes. Mientras que la enseñanza y la investigación de la Universidad seguía existiendo

según la tradición y se aislaba de la rudeza del combate y de la situación los estudiantes mejores que habían encontrado el camino que los llevaba al movimiento de Adolf Hitler abandonaron a las clases y a los laboratorios y se unieron con los obreros de las ciudades. En los batallones de la SA reconocían a las células germinales de un resurgimiento futuro y de la unión íntima cotidiana de esta comunidad surgía para ellos la fe en una Alemania mejor en la que se salvaría el abismo entre las condiciones y clases y en la que la voluntad apelotonada de una comunidad nacional cambiaría al destino alemán. Llenos de orgullo y de oposición estos estudiantes llevaban a las clases la camisa parda del partido obrero nacionalsocialista, muchas veces recibidos por burlas y escarnios como apóstoles de una doctrina herética y enemigos de la ciencia mientras que en realidad probaron ya pronto por sus obras que se debía llamarlos con más razón salvadores de la ciencia y anunciadores de una nueva época. Partiendo del movimiento obrero se conquistó también a la Universidad y se la ganó para el nacionalsocialismo; eso fué ante todo la obra de la Asociación de Estudiantes Alemana Nacionalsocialista y fué la salvación de la ciencia alemana. Como antiguamente, después de la guerra mundial, el estudiante obrero devino la encarnación de una nueva generación del pueblo alemán, el estudiante obrero que igual que un obrero tenía que ganarse sus estudios él mismo en una empresa y que construía con eso a un nuevo puente de comprensión entre el aula y la fábrica, también este rumbo de lucha de la Asociación de Estudiantes Alemana Nacionalsocialista al lado y como parte de la clase obrera nacional era sintomática para toda su misión: la lucha política común, el trabajo común en la empresa creó una unión íntima humana y política entre los obreros de mano y los trabajadores cerebrales. Así, es que estos estudiantes, los estudiantes obreros de la época de postguerra y los luchadores del movimiento eran los representantes de un nuevo credo político; no eran ni ciudadanos y políticos ni luchadores de clase: por su ejemplo personal de sacrificio y de lucha servían a la ciencia lo mismo que a la vida y creaban de este modo una nueva misión para la juventud académica y para la Universidad.

Así es que cuando el Führer tomó posesión del poder para los estudiantes alemanes estaba escrito como gran tarea nueva realizar al socialismo alemán. De otro modo que antes de la primera guerra mundial y de otro modo que en las demás esferas académicas después de la primera guerra mundial se presentó con esto

una tarea de importancia suprema y de alcance revolucionario. Este socialismo no había nacido bajo el punto de vista de previsión social o tal vez de limosna, ni de la compasión o del amor al prójimo sino de la comprensión profunda del derecho a vivir irrevocable de los obreros y con eso de la comunidad nacional alemana. La cognición revolucionaria del nacionalsocialismo se vinculaba con el espíritu de los combatientes de la guerra mundial que entre los sufrimientos y la confirmación de la trinchera colocaron los cimientos del Tercer Reich: que cerca de Langemarck estudiantes y obreros fueron cantando a la muerte para levantar con este sacrificio los pilares de una Alemania mejor por encima de condiciones y de clases eso vivía como símbolo y deber en los corazones de los estudiantes alemanes.

Promoción de los talentosos y el Estudio de Langemarck

Se puede decir que el camino de los estudiantes alemanes hacia este fin ha sido consecuente. Eran estudiantes los que primero realizaban en sus filas a la idea del servicio de trabajo colocando con eso al fundamento para un gran establecimiento educacional de la nación cuyo ejemplo ya han reconocido y seguido también otras naciones. Eran estudiantes los que primero se incorporaron como voluntarios al nuevo ejército alemán formando el puente entre el pequeño ejército del Tratado de Versalles y el nuevo ejército nacional del Tercer Reich. Pero solo la unificación de todos los movimientos y de todas las instituciones estudiantiles bajo la dirección del Jefe de los Estudiantes del Reich *Dr. Scheel* facilitó la penetración consecuente de las Universidades y Academias con el principio del socialismo. Desde entonces en el sector académico se realizan paso a paso las exigencias del movimiento nacionalsocialista y los puntos básicos de su programa. En la gran organización económica y social de la *Empresa de los Estudiantes del Reich* se realizó la promoción de todo estudiante alemán dispuesto a trabajar y a consagrarse sin mirar al bolsillo y al origen de su padre y de este modo en realidad se facilitó a todo estudiante capaz la ejecución de sus estudios aunque no tuviese medios propios: el privilegio del capital fué reemplazado por el principio del *esfuerzo* y de la actitud. Una red muy extensa de consultorios de orientación juvenil vela por hacer llegar a los elementos adecuados del fundamento de los colegios a la Universidad.

Representa una acción de índole particular la introducción del *Estudio de Langemarck por la Jefatura de los Estudiantes del Reich*. No en la época en la que faltan los adeptos y académicos sino en aquella que hemos dejado detrás y en la que las Universidades estaban repletas nació la idea de este Estudio de Langemarck que por su nombre remite a la herencia obligatoria de aquella generación de la guerra mundial. Su ley fundamental dice así: allanar el camino para el estudio universitario y académico a cada talento y a cada personalidad de la nación alemana que por razones económicas u otras no puede ir al colegio y por lo tanto adquiere solamente una instrucción inferior. Desde entonces cada año se elige a miles de alemanes jóvenes y se les prepara en colegios especiales para el bachillerato al que siguen unos estudios universitarios gratuitos. No sirve de norma para esta selección ni la disciplina intelectual ni la constitución física sino en el fondo únicamente el hombre capaz y dispuesto a esforzarse que por su sed de actividad y por su elasticidad revela una capacidad de graduar a sus facultades y que parece estar en condiciones de servir a su nación en un puesto superior. En este caso la base de la selección es ante todo la confirmación en la profesión ejercida hasta la fecha. Por ejemplo a un mecánico que ejecuta un trabajo excelente en su establecimiento se le examina por averiguar su aptitud para ingeniero y entonces por el Estudio de Langemarck se le facilita el bachillerato y los estudios universitarios hasta que después como ingeniero académico pueda poner de nuevo sus facultades perfeccionadas al servicio de la comunidad nacional.

Esta institución del Estudio de Langemarck es típica para la ideología nacionalsocialista y solo por ella se la puede explicar. Pero también por ella vale lo que se dijo antes sobre el socialismo alemán en general: tiene su origen en Alemania y al mismo tiempo es un llamamiento para todas las naciones jóvenes. Tarde o temprano en todas las naciones de la nueva Europa se presentará la necesidad de abrir el camino hacia los centros culturales supremos de la nación a todos los compatriotas talentosos y capaces que por motivos exteriores están impedidos de ir a un colegio. Así se creó ya en medio de la guerra la institución del Estudio de Langemarck también para los flamencos y los neerlandeses. Ya en esta primavera se inauguró el primer curso del Estudio de Langemarck para los neerlandeses y flamencos al que fueron admitidos miembros de estas naciones. Después de terminar sus estudios universitarios serán propulsores del nuevo credo social.

Aun en otoño de este año se inaugurará al primer curso del Estudio de Langemarck para noruegos y ya se ha elegido también camaradas de la nación dinamarquesa. También en Italia y en Hungría existe el mayor interés para el Estudio de Langemarck; ya tuvieron lugar negociaciones comunes. Aunque en estos y en otros países las condiciones sean de índole especial y la situación escolar tenga su carácter particular el ejemplo alemán podrá serles útil y ayudarles a realizar principios semejantes.

A este Estudio de Langemarck lo hacían casi exclusivamente hijos de compatriotas pobres y pobrísimos, antiguos obreros, artesanos y labradores que de otro modo no hubiesen llegado nunca a la Universidad y por lo tanto hubieran sido perdidos para los posibles puestos dirigentes de la nación. Así es que por el Estudio de Langemarck los obreros tan desatendidos antes también toman posesión de los centros culturales supremos de la nación, por decirlo así, y que de este modo se simboliza incomparablemente a la finalidad sublime del Führer.

Estudiantes ayudan en todas partes . . .

Pero el trabajo social de los estudiantes no es el único sector en el que los estudiantes alemanes se declaran manifiesta y activamente partidarios del obrero alemán. Su empleo en el servicio de fábrica y junto al labrador pertenece a los elementos metódicos y básicos de la educación estudiantil. Durante las vacaciones de su primer semestre cada estudiante alemán ejecuta un empleo de esta índole en la fábrica o junto al labrador para de este modo llegar a conocer a su vida y a su situación y consolidar así la adhesión común. Los grandes empleos de los estudiantes a los que todos los años llama el Jefe de los Estudiantes del Reich, es decir la ayuda en la cosecha o el empleo en la industria de armamentos son demostraciones únicas de la voluntad estudiantil: ponen de manifiesto que el fin supremo de la educación estudiantil consiste en que cada estudiante se halle en medio de la vida de su nación y que en él se revelen más vivamente las alegrías y las preocupaciones del pueblo. En esto hay que pensar particularmente en las estudiantas que en sus ratos de ocio ayudan sin tregua a las obreras. Desde hace muchos años las estudiantas reemplazan a las obreras en sus puestos en las fábricas y por su trabajo gratuito les procuran una licencia pagada de varias semanas: mientras que las estudiantas mismas se enseñan a apreciar lo que significa para una madre obrera trabajar en la

fábrica y servir a su nación. Es conocido también el empleo de las estudiantas en los jardines de la infancia para hijos de obreros y de labradores lo mismo que el múltiple servicio auxiliar en los sectores especiales de su estudio y de su carrera.

Este año en los Días Estudiantiles del Arte Alemán que el Jefe de los Estudiantes del Reich como Jefe Provincial y al mismo tiempo como Lugarteniente del Reich hizo organizar en Salzburgo, esa preciosa ciudad alpina, se pudo reconocer la intensidad con qué el estudiante alemán en su contribución al arte nacional se declara en favor del obrero y del labrador. No solo las representaciones y las exposiciones por su contenido iban dirigidas principalmente a toda la comunidad nacional alemana sino también fueron visitadas precisamente por un gran número de obreros de la industria de armamentos alemana.

Estudiantes del Frente

Estudiantes y obreros — ahora son soldados casi sin excepción. Soldados del gran ejército alemán que es un símbolo único de la gran comunidad nacional alemana. La tradición de los estudiantes alemanes que ya siempre ha sido militar también en esta guerra se ha manifestado brillantemente y ha demostrado mil veces la confirmación del estudiante alemán frente al enemigo. En todos los frentes y en todas las muchas unidades están movilizados los estudiantes no en unidades particulares sino distribuidos para cumplir su deber de confirmarse como un fermento, por decirlo así.

E igual que actualmente cada estudiante lucha como soldado por su nación y que los ejércitos de las naciones jóvenes conquistan al derecho de vivir de la paz venidera así con consecuencia implacable y natural el orden futuro acarreará a la victoria del socialismo. La lucha del frente y el trabajo de la patria sirven a este fin. La jefatura estudiantil en la patria ve su tarea más eminente en fomentar al estudiante del frente, en velar por su preparación rápida y excelente, en cuidar de que pueda casarse a tiempo y en proteger a su familia. Ante todo intercede en favor de todos los soldados probados que hasta ahora no pensaban en estudiar y que en el frente se han demostrado aptos para este camino para que puedan ser llevados a tiempo y racionalmente al puesto que corresponde a su mérito y a su carácter.

Estudiante y obrero en la nueva Europa — un llamamiento a todos, un deber para todos y un símbolo por el que luchamos y trabajamos.

DR GIULIANO MAGNONI,
INSPECTOR DE LA GUF, ROMA
ACTUALMENTE EN EL FRENTE AFRICANO:

El credo de la juventud

La lucha de los estudiantes de Italia

En el porvenir estará en nuestras manos el destino de una patria mayor.

Somos jóvenes y creemos ciegamente en las energías ideales que animan y guían a nuestra juventud.

Reconocemos incondicionalmente con saber claro y corazón abierto a la importancia revolucionaria y decisiva de la lucha que llevamos por la victoria de un nuevo mundo joven, de la lucha de un mundo libre más sincero y más digno contra siglos de tiranía moral, de mentiras políticas y de esclavitud social y económica. Por la revolución ganada luchando con sangre gloriosa hemos despertado a una vida nueva desde que eligimos a Mussolini como «Príncipe de la juventud», desde que en él se reúne nuestro amor por Italia y desde que nuestras legiones son llevadas por él por encima de todos los obstáculos hacia la gran victoria final.

Esta guerra no es solo una guerra defensiva o una guerra de independencia nacional, no, es una guerra por ideales, es una revolución.

¿Quién puede contemplar al porvenir como lo miramos nosotros con ojos brillantes, ojos despiertos, ojos del vencedor?

Esta guerra es nuestra profesión de lealtad para con la vida y la verdad, para con la justicia y el porvenir.

Nosotros los estudiantes fuimos los primeros dentro del pueblo que no temían a esta guerra porque nos sentíamos dignos de hacerla.

Esta guerra es la prueba necesaria y decisiva para nuestra juventud, para nuestra madurez, para nosotros como hombres de la acción y de la idea, como hombres nuevos de la era de Mussolini. Ella añadirá a la tradición ininterrumpida y heroica de los estudiantes italianos una nueva página de gloria. El problema de la juventud, nuestro problema, es ante todo un problema de la lucha. La juventud quiere formarse por la guerra, por el estudio más práctico y más atractivo que ningún profesor y ninguna conferencia podrían enseñar jamás.

Esta guerra ha dado el resultado que probamos ante el mundo entero y ante la nación italiana la fe incondicional, la abnegación

y la consagración absoluta de los estudiantes italianos a la revolución fascista.

Porque esta guerra no es ninguna guerra de voluntarios o una guerra de las llamadas «tropas escogidas» de ciertos círculos, tampoco los estudiantes forman esta vez el cuerpo de voluntarios estudiantil tradicional como ocurría en otras épocas y en otros países. Hoy están sobre las armas voluntariamente generaciones enteras, la flor de una juventud. El Secretario General y el Secretario de la GUF transmitieron al Duce la promesa de los estudiantes de querer luchar y vencer. Otra vez el Duce ha vuelto a oír con satisfacción de la disposición a la lucha de nuestros estudiantes y les ha otorgado la condecoración de haberse ofrecido voluntariamente para el servicio militar. Esta aprobación subraya ante la historia y ante la nación al espíritu militar de la juventud estudiantil.

Disciplina, disposición al sacrificio, desafío de la muerte y consagración a la patria son para el estudiante fascista exigencias de la revolución que caracterizan al nuevo soldado de Italia. Las jóvenes legiones fascistas han hallado ya la satisfacción suprema y más solemne: la lucha coronada por la victoria.

Por tercera vez durante una corta década los estudiantes fascistas han cambiado al libro por la espada y han llevado al uniforme gris de campaña. Tres guerras en las que los estudiantes brindaron voluntariamente con entusiasmo fervoroso la ofrenda valiosa de su juventud y de su fe. En todos estos años cuántos han procedido de las filas de la GUF en el Africa oriental, en España, en los Alpes y en la Libia, en Rusia y en Albania: soldados, camisas negras y oficiales, miles y miles. — ¡Cuántos querían alistarse ya antes de su llamamiento a filas sin orden de presentarse renunciando al grado al que tenían derecho! ¡Cuántos han dado su vida en los ventisqueros, en los desiertos y en las estepas! Es la misma sangre que los heroicos «Plotonisti» y los Escuadristas han derramado ya en todas sus empresas temerarias.

Veinte años habían transcurrido desde la guerra mundial en la que habían luchado los padres y los hermanos mayores; desde hacía casi tres décadas estaba en curso la revolución que capitaneaban los caídos y tras la que se reunía la juventud. Pero desde hacía muchos años en las universidades de Italia y en las asociaciones de la GUF que estaban bajo el símbolo del libro y de la espada la joven generación estudiantil esperaba a su bautismo de fuego animada por un espíritu nuevo, esperaba al día en el que podría cantar con más énfasis a los himnos heroicos de la nación: «¡El día vendrá en el que nos llamará la gran madre de los héroes!»

Por fin vino ese día. Se trocó en epopeya del Imperio. Sobre las mesas de los ministerios y del Cuartel General de la Milicia se amontonaban miles y miles de peticiones de estudiantes de todas las provincias de Italia dispuestos a marchar «según las ordenes del Duce».

La mayoría fué destinada para distintas luchas para las unidades en todos los frentes; otros formaban la compañía estudiantil «Príncipe di Piemonte» de la 4. División C. C. N. N. y luchaban en el frente eritreo mientras que el batallón «Curtatone y Montanare» de la División Tevere luchaba en el frente de Somalia. ¡Pero cuántos se quedaron en casa! ¡A cuántas peticiones no se pudo dar curso todavía!

Antes de que hubiesen regresado a sus estudios todos los voluntarios jóvenes al terminar la campaña abisinia, sonó por segunda vez el grito de guerra en el Mediterráneo.

Con palabras proféticas el Duce asignó a Roma su puesto en esta lucha.

Estábamos del lado de los defensores de la cultura junto a los soldados de Franco contra la coalición internacional y la barbarie roja.

Era una guerra por ideales, una guerra hecha en nombre de los fundamentos más santos de nuestra revolución que llamaba a las armas a los legionarios voluntarios, atrevidos y abnegados, a hombres jóvenes y viejos.

Otra vez eran los estudiantes los primeros y los más numerosos que asaltaban al mando del distrito militar, que presentaban peticiones dispuestos a ir a la guerra y a dar su vida. Sacrificaron mucha sangre para la victoria. Varias condecoraciones eminentes en oro, plata y bronce, cruces de guerra y altas condecoraciones españolas premiaron la actitud de los estudiantes jóvenes que oponían a las partidas internacionales la energía del espíritu, la potencia invencible de la técnica de guerra y la valentía personal de la juventud de Mussolini.

Junto a los pocos miles que consiguieron incorporarse al cuerpo de voluntarios «Tercio» había diezmiles de jóvenes que aspiraban en vano al honor de servir al Duce y a la revolución fascista en tierra española. Todos sentían que la lucha que se resolvía a mano armada aquí en las orillas del Mediterráneo no era una hazaña temerosa de arrogancia juvenil, sino una cruzada de corazones nobles en defensa de la cultura y de la justicia. Fiel a la tradición de los voluntarios italianos que en todas las luchas sacrificaron su sangre nuestros jóvenes estudiantes no dejaron de batirse en tierra española con los enemigos más declarados de los ideales

supremos de la humanidad, con los negadores de Dios y de la patria, con los profanadores de la familia. Fué ganada la victoria con sacrificios penosos y despertó en los legionarios de Mussolini las virtudes supremas y más nobles de su raza. En silencio se repatriaron los voluntarios de España y en silencio volvieron a su trabajo, muchos con heridas abiertas todavía, muchos adornados con cruces pero todos con la alegría y el orgullo de haber servido a la causa santa en nombre del Duce y de haber vengado a los compañeros caídos. Otra vez las universidades se poblaron de uniformes color caqui y cada vez con más frecuencia aparecían junto a las cintas negras y azules de la campaña africana las nuevas Medallas del Mérito militar. Solo entonces se enteraron muchos que estos jóvenes habían abandonado a su casa, a su carrera y a su patria para luchar sin derecho a ganancias en tierra extranjera contra el enemigo universal.

Los estudiantes seguían luchando el fusil preparado junto a los libros de estudio abiertos otra vez. Sobre todo la prensa estudiantil fascista propagaba la defensa de los principios de la revolución, y la victoria de las exigencias justas de Italia. En los «Littorali» se robustecía al cuerpo en nobles campeonatos, con consignas de lucha entusiasmadas se luchaba continuamente por la creación de un pueblo orgulloso de su nación, por un nuevo estilo fascista de ideas y de acciones.

Así es que la guerra europea actual no cogió desprevenidos a los estudiantes fascistas. De las asociaciones estudiantiles, de las universidades los estudiantes con sus profesores se echaron a la calle y a las plazas de las ciudades para manifestar en demostraciones entusiasmadas la voluntad de la juventud fascista de llevar a la patria por el camino que le había sido indicado por el espíritu genial de Mussolini. En la primavera radiante del décimo octavo año de la era fascista marchaban por las calles los estudiantes en formación militar para hacer su profesión de fe militar con entusiasmo fervoroso. Como siempre estas voces de la juventud joven, radiante y sana, dispuesta a todo sacrificio hallaron un eco sonoro.

Como nunca en su historia de cuatro milenios la nación italiana está dispuesta a luchar y a vencer. Enseguida volvía a aparecer el elemento típico de nuestro pueblo: el soldado caballeroso. Vencía el espíritu de los voluntarios. Comenzó de nuevo el asalto de los distritos militares.

Como siempre los cargos supremos del mando dieron el ejemplo a la juventud. El Secretario General, el heroico Secretario del Partido lo mismo que todos los jefes de las organizaciones estudiantiles han

vestido el uniforme gris de campaña. Muchos han muerto. De todas las universidades sonaba ante el «Princeps Juventutis» el grito de lealtad, el grito de gratitud y de abnegación perfecta de la juventud en armas.

Hoy están en pie de guerra 137.000 estudiantes. Los más se han alistado en todas las armas como soldado raso y después como cabos. Han luchado y siguen luchando todavía mano a mano con los valientes compañeros alemanes y aliados en las fronteras de su patria, en los Balcanes, en Africa, en Rusia, en el Mediterráneo por mar y por el aire junto con los camaradas de las fábricas; de este modo dan un ejemplo de heroísmo, de abnegación, de tenacidad y de resistencia valiente. Dosmil heridos, mil caídos, setecientos condecorados, treinta portadores de la Medalla de Oro: esas son las primeras cifras de la contribución de sangre y de sacrificios que aportaron los estudiantes fascistas a la guerra del Eje.

El número reducido de los jefes de estudiantes que se han quedado en casa todavía continua su trabajo para consolidar a la educación política de la juventud estudiantil. También estos compañeros como toda la nación están sobre las armas y de todas sus fuerzas luchan por la guerra, por la victoria que traerá tareas nuevas y nuevos deberes superiores para todos y sobre todo para la juventud estudiantil. Luchan lealmente según la consigna de Mussolini «vivir de un modo peligroso» y según su dogma: «Quien no está dispuesto a morir por su fe tampoco es digno de vivir para ella.»

Los estudiantes fascistas realizan la tarea que les ha sido encargada por el Duce «de luchar siempre en primera línea».

Más que el deber

La guerra contra el bolcheviquismo es una cruzada de Europa contra el ateísmo, contra el nuevo peligro bárbaro, cuya opresión más asfixiante hemos sentido desde el invierno de 1939 a 1940. Es nuestro cometido librar a Europa de las amenazas del bolcheviquismo. Hemos de probar, que Dinamarca también reconoce la necesidad vital del nuevo orden de Europa. ¡Estamos decididos a cumplir con nuestro servicio más que nuestro deber!

*Kryssing, Jefe del Cuerpo de Voluntarios
Dinamarqueses.*

SERGE PETITLAURENT, FRANCIA:

La juventud ante la decisión

El camino del destino de la juventud francesa

Durante las últimas décadas la historia de Francia es un trágico ejemplo de la decadencia continua de una nación cuyas clases dirigentes no miraban ya hacia el porvenir sino vivían únicamente en el pasado.

Como en algunos otros países europeos en Francia se mantenía apartadas a todas las energías jóvenes y prometedoras de la nación. La dirección responsable de la política, de la economía, de la diplomacia y de la cultura quedaba en manos de la vejez. Se intentaba paralizar a todo entusiasmo naciente y caluroso de la juventud. Se hacía esfuerzos por incorporar esta juventud a un frente defensivo de ideas y de intereses muertos que tenían una tendencia opuesta a las conveniencias de esta generación y a las finalidades de la nación entera. Esta juventud fué engañada en su fe y en su disposición al servicio.

Los mayores entre nosotros estaban preparados por su ambiente original a una vida que debía seguir bajo circunstancias normales en la paridad acostumbrada. El progreso social paralizado por una economía casi estática se retrasaba cada vez más. Se educaba a los niños según el principio tradicional de la economía, del trabajo lento siempre igual, del aseguramiento del patrimonio y de las rentas.

Pero de pronto la guerra mundial acarreó un crecimiento gigantesco de la economía y echó por tierra a la situación social normal. El cambio repentino de la situación social produjo una inconsistencia moral que se extendía sobre todo por el contacto con las costumbres propagadas por las tropas americanas cuya frivolidad y prodigalidad se puede mirar como distintivos típicos de un modo de vivir completamente ajeno. El egoísmo y el afán de divertirse se acrecentaban hasta la amoralidad completa.

En este ambiente veleidoso fuimos educados. El carácter de nuestra educación correspondía a la rotura de los vínculos tradicionales, a la falta de todo respeto ante las artes mecánicas, ante el aprendizaje y ante el trabajo formal y a una legislación de primitivismo realmente salvaje para todas las capas sociales. El bienestar económico y la exageración del individualismo que de ahí resultaba haciendo también caso omiso de todas las reformas

urgentemente necesarias revelaban ya como primer síntoma de la guerra solo desilusión, envidia y resignación amargada.

Esta tendencia a la inconstancia y la destrucción de todos los antiguos ordenes del mundo afectaban a todas las castas sociales.

Comenzó un absentismo general. Se creía que en la ciudad se podría ganar dinero más pronto y con menos esfuerzos y que allí se podría hallar una vida más cómoda. El espíritu precursor disminuyó en el momento en el que se le hubiese necesitado con más urgencia. A la nación le faltaban a la vez el espíritu de comunidad y los jefes realmente clarividentes. La mayoría de los que acaso hubieran podido introducir a las reformas necesarias fueron exterminados en el curso de la guerra y algunos veteranos participaban ellos mismos en esta carrera tras el disfrute de la vida y tras la igualdad de derechos. También los partidos desperdiciaban a sus energías cada vez más.

¡Siempre me acordaré de un congreso en la Alsacia donde habíamos de quedar prisioneros diez años después! Acompañados por violines y guitarras nuestros compañeros alemanes cantaban sus canciones de unidad y de fe. A *nosotros* no nos gustaban los cantos de coro. Nuestro individualismo se traicionaba por nuestras canciones no armonizadas unas con otras, por nuestra ignorancia del juego común y por nuestra poca perseverancia.

Aquí comenzó la crisis que se apoderó de nuestra juventud y que produjo un movimiento en todos los círculos con el que estábamos estrechamente ligados. A la luz deslumbrante de su situación precaria comprendió la juventud que el mundo espiritual de la sociedad a la que pertenecía no resistía ni a unos minutos de reflexión razonable y que para ella no había sitio allí. Por mi trabajo como pedagogo en círculos proletarios insuficientemente alimentados llegué a conocer a campesinos que estaban desesperados por la venta desfavorable de sus productos que se «desnaturalizaba». En los arrabales llamados «rojos» de París nos encontramos con miles de hombres que solo vivían de los socorros obreros y cuyos hijos no conocían como medio de existencia al trabajo en sí sino únicamente a la mendicidad organizada llevada hasta la insolencia. Nos entró un miedo indescriptible ante el porvenir cuando vimos a los hijos de estos ilotas modernos, a estos proletarios sin oficio aprendido y sin pertinencia determinada, a esta turba amontonada sin trabajo, vestida, alimentada y mantenida por el Estado, por los ayuntamientos y por las distintas asociaciones benéficas. Aquí no podía ser cuestión de la autoridad y dignidad de los padres y los partidos llamados revolucionarios aprovechan al derecho de sufragio para dirigir a su espíritu de

rebeldía en las vías deseadas. Hemos hecho observaciones tristes al trabajar en la protección de la juventud desamparada y en las colonias escolares o al asistir a reconocimientos fisiológicos o psicológicos de niños en los hospitales. La humanidad con sus medios técnicos ilimitados se hundía en bodegones, en alcohol y en miseria repugnante. Periodistas no tenían otra cosa que hacer que escribir artículos sobre condiciones semejantes y que sacar fotografías para satisfacer a la afición patológica por lo «pin-toresco» de una burguesía desprevenida.

En estos grupos aislados de jóvenes comenzaron a buscar una solución por la que se podría librar a la humanidad esclavizada material y espiritualmente de las cadenas del liberalismo, del marxismo y de todas las instituciones materialistas de la clase obrera. Hacían el balance de todas las riquezas verdaderas que quedarían a la disposición del hombre librado de la tiranía del dinero. Frente a los tradicionales grupos de capitalistas y obreros nació una «*Tercer potencia*» que se esforzaba por examinar a los problemas actuales teniendo en cuenta a *la vocación espiritual del hombre de dominar a las cosas que hayan surgido de su cerebro o de su mano.*

Pero en medio del descontento general las organizaciones impregnadas del marxismo y sobre todo del comunismo consiguieron una vez más adaptar su táctica y su propaganda a las corrientes principales. Se sostenía la lucha en todas partes, en los lugares del trabajo, en los parajes de la cultura y en el de las distracciones, en los hogares y en los mercados. Se tapaba a todo con un velo según un método de flexibilidad y de consecuencia extraordinarias.

Para la juventud que aspiraba a la liberación creadora era difícil evitar el lazo que le estaba tendido sobre todo porque la burguesía fracasaba y hacía una especie de política de avestruz.

Entonces al principio, debido a esta descomposición y escisión, tampoco los nuevos y prometedores movimientos de la juventud pudieron lograr la unidad y fueron contrarrestados por los conflictos personales y ante todo por la dificultad de librarse de lo anticuado. La burguesía había conseguido retardar a su hundimiento y sobre todo a evitar que se preparasen demasiados tráfugas para la separación inevitable.

Se había conseguido dejar morir a la juventud desunida para instituciones, ideologías e intereses que no eran ni los suyos ni los de su patria.

Esta juventud tampoco sabía nada de la revolución que realizaba la juventud al otro lado de nuestras fronteras. Sus ideas

distintas fueron o mal interpretadas o mutiladas y se nos presentaba al fascismo y al nacionalsocialismo como espantajos.

Todo el país fué encajado en una cruzada contra el nacionalsocialismo, el fascismo y el falangismo a costa de nuestra juventud. Ya era difícil para nosotros ganarnos la vida, más difícil todavía mejorarla; si, incluso se nos negaba el derecho de la vida misma. La inevitable psicosis de guerra se adentraba en todas las capas de la población, paralizaba a nuestra economía descendiente ya lo mismo que a todo arranque intrépido y razonable que nos podría haber salvado.

Cuando en el año 1936 no se había conseguido hacer estallar al barril de pólvora español se atizaba a la oposición contra la Europa central.

Se quebró todo entusiasmo y todo deseo de una voluntad organizadora dentro de la comunidad europea. Los pocos jóvenes que luchaban todavía por una reedificación no estaban de acuerdo entre sí. Se abusaba de ellos haciéndolos defender en las aldeas más pequeñas a los grupos políticos gastados con un programa miserablemente renovado pero rara vez se les invitaba por propuestas concretas a probar su potencia *positiva* y *organizadora*. El odio contra los vecinos era la única idea unificadora de todos estos adversarios dispuestos a participar en una guerra civil. Cuidadosamente se apartaba a los jóvenes de todo ejemplo que les hubiese indicado el camino a un desarrollo *propio* y *uno* que no hubiera cuadrado con las intenciones de los particularistas. Es sintomático para ello que en el último momento se prohibió a los hijos de los antiguos combatientes el viaje a Alemania.

A la juventud francesa le faltaba el caudillo que hubiese sido capaz de librar y de emplear a sus jóvenes energías existentes. Nadie sabía utilizar plenamente a nuestras facultades y muchos de los mejores entre nosotros se consagraban por desesperación a una ociosidad esquivadora y a una especie de nihilismo.

De este modo fuimos embarcados en la guerra, una guerra dura a la que íbamos sin adorno de flores. Era una guerra sin idealismo de la juventud. Todo era viejo, nuestros pertrechos, nuestro armamento, nuestra movilización industrial y agraria y también nuestra táctica. La burguesía había sido avara de todo, de los hijos, de los impuestos y también de las máquinas. Solo la sangre derramada era joven y fresca.

No se debía comprender a la derrota solo como a una derrota militar, era política en el sentido real de la palabra; era el hundimiento de una clase nos oprimía, arrancándonos a la responsa-

bilidad, a la iniciativa y a la realización de nuestros ideales de paz.

El Mariscal Pétain brindó a Francia el sacrificio de su vida y de su persona. Perseguía nuestros fines. Al Mariscal no le agrada ningún heroísmo hueco, sino la reconstrucción fecunda que consiste en el vencimiento de uno mismo y en un renacimiento nacional. Nos ha abierto las puertas que dan sobre la revolución nacional y sobre la cooperación europea. Esta revolución y esta cooperación o serán llevadas a cabo por energías jóvenes o no tienen derecho de existir. Los que como nosotros se pueden dar cuenta de lo que han realizado las revoluciones nacionales de las naciones jóvenes de Europa en las que sus juventudes hallaron su consumación, regresarán del cautiverio convencidos del valor de este modelo aunque termine la guerra como sea. Será la tarea de nuestra generación otorgarle al hombre de la economía francesa y europea el puesto importante que merece. Es nuestro deber poner manos a la obra espontáneamente para que surja una Francia más bella y más orgullosa. Nuestras manos de estudiantes han aprendido a sembrar en tierra dura bajo condiciones difíciles.

Ahora como prisioneros de guerra nosotros los compañeros atendemos un trabajo rústico pesado y hemos llegado a conocer y a apreciar al país de nuestros vecinos lo mismo que a sus habitantes.

La comunidad continental pierde cada vez más lo abstracto de su concepto para transformarse en una *comunidad puramente humana*.

Mientras que los franceses jóvenes de los que nos separa el cautiverio marchan en el Este lejano canta a mi lado en su dialecto mi joven compañero Jean, un pequeño campesino bearnés: «El sol hermoso de Pan.» Conduce al tractor en vez de Hans, el hijo del agricultor que lucha en el Este; allá lejos en su patria el padre y las hermanas de Jean cumplen hasta el límite de sus fuerzas el alto deber de procurar el pan a su país.

Todo esto solo es incoherente e incomprensible para los que no han sabido librarse de la carga pesada de las palabras y de las costumbres.

Si por nuestra parte hemos hecho algún agravio a Europa creemos que pronto quedará desagraviado. Nosotros no tenemos la culpa del trágico fracaso de la última generación pero llevamos a costas la responsabilidad inmensa de ganar una paz justa y de restituir a nuestros hijos el puro sentimiento de felicidad que acaso nos habrá sido negado a nosotros.

CYRIEL VERSCHAEVE, ALVERINGEN (FLANDES):

El gran despertar

Desde hace bastante tiempo la mirada del contemplador de la historia pudo averiguar ya grandes movimientos en el seno de las naciones que revelaban una revolución interior. Sobre todo en Europa se preparaba en el fondo un nuevo orden universal. Después de haber triunfado de las distancias y haber salvado a las fronteras había desaparecido el problema del espacio ante los ojos de las naciones. Se sentían pequeñas frente a la vastedad del mundo abierto en el que las leyes de la grandeza y de la pequeñez se harían respetar inexorablemente.

Era menester aunar a toda la fuerza vital dispersada porque solo naciones grandes podían sostener su vida dentro de esta ampliación inmensa.

Del desasosiego y de la necesidad surgen las ilusiones. Desgraciadamente la única ilusión, de la que el siglo pasado era capaz todavía, era igual de material como las condiciones de la ampliación de los espacios vitales por la velocidad y la circulación. No sabía imaginarse otra cosa que el recurso sencillo que se pierde en futilidades: ¡Toda materia debe ser propiedad común!

Pero la ilusión no queda adherida a un recurso o a la materia sino vuela hacia el fin supremo. ¡Querer erigir una nueva unidad de vida en la base de la materia es un concepto equivocado, no una ilusión! La materia es frágil y se desmoronará. ¡Con el oro la materia se hace Dios! Es absolutamente necesario eliminar al oro de toda ilusión de unidad. ¡La espada divide menos que el oro! Las plutocracias solo pueden sacar su potencia de la pobreza de los demás. Guerras y desgracias son hijos del oro y no pueden terminar nunca mientras que el oro subsista como fundamento de la existencia. Debe surgir otra potencia si el mundo quiere conocer a la prosperidad segura.

Las raíces del hombre se hallan en el cerebro y en el corazón. Espíritu y sangre, justicia y amor han de devenir la potencia que crea la dicha del mundo. Esta potencia como indicadora de la altura y de la profundidad de la naturaleza ha de llamar la atención sobre la *naturaleza* auténtica como ley ordenadora que salva y que despierta al amor. La naturaleza misma es eterna; el oro en cambio sirve a los placeres siempre caprichosos y hace sucederse el gozo y el sufrimiento en un ritmo perjudicial. Cansa el dominio del oro. «Nos hemos cansado de la historia» he dicho

hace algunos años cuando parecía que nuestro destino no terminaría jamás de oscilar sobre el pesillo.

Ningún orden duradero puede fundarse en los movimientos sacudidos de un platillo. El desasosiego no aguanta a ninguna tranquilidad. Pero *la pulsación de la sangre, la agitación de la vida verdadera* son los portadores del orden auténticos y eternos... y gracias a Dios en la actualidad Europa vuelve otra vez a soñar con eso, a tender a eso. ¡Europa mira al amanecer! Ve la sangre que al nacer despierta a la vida y también a ella le brinda su abundancia. Solo la vida perfecciona a la vida. Oro es algo muerto, la sangre vive porque ha surgido de lo viviente. La sangre de Dios fluye en las venas de la naturaleza. En una intuición vigorosa lo sentía el poeta francés que en las delicias de una noche de primavera se daba cuenta de la vida de Dios y vió aparecer como una visión a la alegoría de la sangre: «Le vin de la jeunesse circule cette nuit dans les veines de Dieu.» (El vino de la juventud circula esta noche en las venas de Dios.) (Musset: Nuits.) La sangre, es decir el impulso vital de Dios vertió a la vida en la naturaleza, la sangre restableció a la primera corriente de fuerza en la transfusión de sangre del Salvador.

Debemos volver a hallar a la sangre. Eso es el comienzo. Quien quiere alcanzar al final debe empezar por el comienzo. El mismo sol crea la mañana y el medio día. La sangre es el sol de la vida. El sol de Dios se decía en los siglos dichosos en los que en realidad Europa no conocía todavía a ningunos Estados sino a naciones y a consanguíneos que buscaban y hallaban la confraternidad. En el seno inconsciente de sus naciones los reyes formaban a los Estados.

En aquellos felices siglos nacionales de Europa instintivamente las ciudades se aunaban poco a poco, siendo completamente indiferente en qué países estaban situadas y eso primeramente en los sectores que más dividen a los hombres: en el de la ganancia y en el del negocio. En vista del fenómeno unificador que representaba la Liga Anseática nuestro Artevelde soñaba con el Estado de las ciudades como comunidad europea porque sabía que también se asociarían otras ciudades. El corazón le dijo que aquí se realizaba un ideal ordenador de la vida. El *ideal* es la base natural que se revela radiantemente. Los rayos son los mejores unificadores. Solo quien impide a los ideales de tejer al vínculo del orden tendrá que recurrir a las guerras. La guerra no crea ninguna unidad sino lleva únicamente a la violencia y a ninguna otra unidad que a la unidad del avasallamiento. En cambio el ideal realiza una relación íntima entre los corazones. La naturaleza sabe más. Los pueblos primitivos mezclan su sangre al contraer una

alianza. En ellos se manifiesta la naturaleza profunda e ingenua. La visión de Artevelde era genial y por lo tanto ingenua como la confusión de sangre de los salvajes. El genio no es más que una concentración de la naturaleza.

En la misma época otro ingenio soñaba también con la misma visión de unidad en la base de una Europa armónica, de la Europa que entonces se tomaba por el mundo entero. ¡Era Dante! Su visión era más consciente, no más profunda pero poseía la abundancia de la idea nacida de la propia pasión y de la propia miseria. Pero no solo los elementos individuales le otorgaban su plenitud; era el poder de la intuición que permitía el más profundo sentimiento para la humanidad al más humano de los hombres que era el poeta genial. Lo que vivía en el fondo de la humanidad contemporánea él lo revelaba.

También él tuvo la visión de una Europa unida, si, de un imperio que abarcaría al mundo entero. Este imperio era para él la garantía de la paz y de la libertad. Se imaginaba un emperador que acreditado y respetado por todos ejercería entre los soberanos y las naciones la función de un árbitro justo en cada querrela. Su imperio no debía conocer ninguna frontera conquistada sino había de ser limitado únicamente por la expansión de las ideas y de la sangre.

¡Su fin no era el poder sino la *sabiduría*, no la gloria de las armas sino el *derecho*; no la opresión sino la *libertad* que consistía en subordinarse de buena voluntad a leyes justas y prudentes; no la coordinación de todos los Estados hasta formar uno solo sino la *convivencia* de muchas naciones que se someten ellas mismas al dominio común; no el delirio de gobernar en sí sino la *prosperidad* de los que gobierna — y encima de todo la *paz*!

Más o menos con estas palabras Papini describe a la visión del italiano más grande que fué uno de los europeos y uno de los hombres mayores. ¡Armonía de paz! Paz en la armonía, una paz que une a muchos en una unidad, que los une cantando y no a la fuerza.

Naciones jóvenes de Europa, lo que soñais vosotras es la visión eterna que siempre surgiendo de la profundidad más oscura de la naturaleza se ha trocado en «período de embate y de lucha» y con la que soñaron todos los hombres grandes cuando la historia había alcanzado un estado de depresión: — Marco Aurelio soñaba con ella en su trono que tenía alguna importancia en el mundo — Dante soñaba con ella en una época en la que luchaban más desesperadamente por la autocracia las dos grandes potencias que menos podían prescindir una de otra, siendo soberanía natural

y gracia auxiliadora, portadora de sangre y provisión de sangre — Beethoven la cantaba en su siglo colmado de trastornos revolucionarios: «Todos los hombres devienen hermanos.» Soñaba con ella la masa (no los hombres directores) que seguía a Marx y que creía que los hombres podrían llegar a una armonía en la base del oro y de la distribución del oro y con ella soñaban en fin los pueblos cegados y engañados por el nombre ideal de «Sociedad de las Naciones» después de 1918.

Pero hoy se extienden por el mundo rasgos de verdad y de claridad. La desgracia terrible vuelve a despertar a la naturaleza. Vibra en el aire la claridad y la frescura del amanecer.

Juventud europea que posees la genialidad de la juventud y que te inspiras en el vigor nacional primitivo de tu naturaleza, tu estás llamada a realizar a la visión europea de Dante. Sin mirar a la nación a la que pertenezcáis *una* armonía os invita a todos a una convivencia europea. Servis al ideal europeo que formó a Europa y que otorgó a Europa la salvación y la cultura, un ideal que ayer todavía España ha defendido en una cruzada de cuatro años y por el que actualmente se hace una cruzada de la juventud de todos los países contra el bolcheviquismo formando una barrera de tuétano y de sangre.

Esta visión sea la visión de vuestra vida, ella ha de ser vuestra voluntad firme y formará entonces con vosotros, con vuestro cuerpo, vuestro trabajo, vuestra profesión y vuestra familia un instrumento de la salvación suprema que esperan los siglos venideros.

La juventud posee la sangre libre, puede soñar todavía con la belleza y sacrificarse por la hermosa ilusión incluso contenta al morir. Los de más edad pueden soñar únicamente: «Si fuese joven aún» y bendecir a su ilusión.

¡Que esta se realice tan pura que posible! Porque la palabra sobre el Dios que domina a todos los siglos dice también: «pues siempre habrá pobres entre vosotros...»

¡Que Europa gane la guerra dentro de su alma y haga fluir a los bellos manantiales de la naturaleza en la dirección justa que Dios le ha indicado y Jesucristo ha restablecido! Que vea lo que vió Dante y lo que cantó Beethoven. Que la desgracia del pasado no se oponga a su amanecer ni en Londres ni en Paris. — Hace poco falleció en Paris el viejo cardenal Bandvillart; al morir es decir muy próximo a su Dios bendijo a la cooperación de las naciones en ambas riberas del Rin lo mismo que había bendito a los grupos de jóvenes franceses que salían para el frente del Este porque se iban a una cruzada auténtica por los antiguos valores vitales europeos cristianos.

PROF. KARL VOSSLER, MUNICH:

Del honor español

Es la gloria de España el haber elevado y realizado a un nuevo ideal de humanidad al principio de la edad moderna: el hombre señorial que no se debe confundir con el hombre dominador de Nietzsche ni con el hombre universalmente inteligente e instruido del Renacimiento italiano ni tampoco con el honnête homme del clasicismo francés ni con el esprit fort del Esclarecimiento. Aunque las condiciones históricas de estos tipos se toquen en muchos sentidos y por múltiples que sean los cruces y las mezclas de sus distintas personificaciones y variedades es preciso comprender al ideal tanto más determinadamente en su particularidad. El rasgo característico más llamativo y dominante de este ideal es el honor. ¿Porqué? ¿Cómo? Américo Castro ha revelado una causa principal de esto en una disertación minuciosa y exquisita sobre el concepto español del honor en el siglo 16 y 17: «En la España de entonces» dice «existía una unión social extremadamente íntima. En la vida religiosa y política y en la avaloración del individuo como miembro de toda la comunidad se había llegado a una unanimidad tan estable que la divergencia de la norma acarreaba infamia y deshonra.» Pero aparte de esta consagración social del honor no se debe olvidar a la espiritual que me parece ser más importante que las influencias antiguas e italianas que Castro se esfuerza por demostrar en el concepto español del honor junto al espíritu de comunidad y de tradición medieval nacional. Al comienzo de sus «Ejercicios espirituales» San Ignacio ha puesto como condición y base el axioma que todo cristiano español lleva grabado en su corazón: «El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y mediante esto salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado.» Y al final de su «Ejercitia» el Santo previene aún expresamente contra la meditación y la demora exagerada en la idea de la merced y del amor de Dios y de nuestra propia salvación por la fe — mayormente en nuestros tiempos tan periculosos — porque no solo el temor de Dios lleno de amor infantil es algo piadoso y santo sino también el servicio reverente que, si el hombre no halla otra salida, le ayudará mucho a salvarse del pecado mortal. En suma: el hombre como señor de las criaturas y de la tierra al servicio del honor de Dios, tal es la finalidad de la vida teocrática o mejor

dicho teoestrategica hacia la que marchaban el fraile, el soldado, el hidalgo, el grande, el rey y con él la nación. Así el honor de la humanidad se va elevando hasta el honor de Dios que a su vez vuelve a glorificar al pundonor del hombre. Como se imagina al Estado terrestre y a la potencia profana abovedados y santificados por la Iglesia y por la potencia divina también se imagina al honor social dominado por el honor celestial. Se adoraba hacer observaciones comparativas entre el honor de los ángeles y el de los hombres, entre la política de los soberanos y la de Dios, entre la milicia del rey y los combatientes de Jesús etc. Se pensaba y se sentía universalmente: por emblemas, comparaciones, aforismos y tratados complicados se construía puentes entre la comunidad de este mundo y la del más allá. La «Idea de un príncipe político-cristiano representada en cien empresas» por Diego Saavedra Fajardo era un libro popular de esta índole que tuvo éxito incluso en Alemania. Fué publicado primero en Munster, después en Munich en 1640 y en 1642. Una obra parecida, no menos popular, era la «Política de Dios y gobierno de Cristo» por Quevedo. En todo esto se tiene tanta comprensión para la diferencia abismática entre la potencia y el honor de Dios y los del hombre como para la dependencia en la que está el hombre de Dios. El concepto del honor representa la zona intermedia en la que se encuentran los valores eternos y terrenales comunes. Por precederos e ilusorios que sean los honores terrenales son sin embargo un reflejo de los eternos. El espíritu eterno otorga a nuestro poderío terrestre y a nuestro honor su consistencia y al mismo tiempo su vanidad, su validez lo mismo que su futilidad. Todos, dice Calderón en su «Gran Teatro del Mundo», todos los hombres en vez de sufrir y sentir prefieren mandar, gobernar y valer y nadie considera que esto no es una vida sino un papel

que toda la vida humana
representaciones es.

El concepto español del honor abarca a todo el poder y a la plenitud y también a todo el vacío de la estima humana. Prueba qué extraordinariamente movable y vivo, qué sumamente dialéctico era el concepto del honor para la ideología de los españoles, cómo según su opinión cada uno, incluso el último mendigo podía alcanzar honores y cada uno, aun el señor más poderoso, podía perderlos, con qué rapidez de un rayo podía trocarse el honor en vergüenza y la vergüenza de este mundo en gloria eterna.

Este concepto del honor ha animado al ejército español, el más potente de la tierra, durante el siglo 16 y gran parte del siglo 17. Más que en disciplina y en valentía estaba basado en el pundonor

tanto de los soldados como en el de los oficiales. «Por la honra pon la vida y pon los dos, honra y vida, por tu Dios» era un dicho popular entre los soldados (Franciosini, Diálogos apacibles, Venecia 1626, P. 169). Insurrecciones ocurrían a menudo, cobardía era rara. Este ejército compuesto de propios y de extraños, de voluntarios y de alistados, era nacional no por su composición y por su organización, sino por la idea que fuese honroso de servir al Rey de España. Era el primer ejército nacional de la época moderna. Valía por escuela del honor en la que los perseguidos y expulsados de la sociedad podían rehabilitarse y terminó por ser el modelo para las demás naciones. También valía por asilo de la fortuna y servía como tal a los aventureros. Precisamente en la alternación incalculable entre el enaltecimiento y la destitución se veía su eficacia pedagógica y reparadora que rehabilitaba ante Dios y ante los hombres. En el columpio de la fortuna de Marte el sano y valiente se sentía a gusto mientras que al débil le daban náuseas y el frívolo se ponía serio. Pues el servicio militar español no solo era una escuela del honor y de la fortuna sino también establecimiento penal y presidio. Junto a los voluntarios militaban los penados, los presidiarios, ya a pie, ya en las galeras. En una galera imperial perece el aventurero Guzmán de Alfarache. Solo aquí consigue a recobrar el juicio plenamente y llega al arrepentimiento interior. «La vida del hombre es servicio militar» escribe el editor de esta biografía conocida en el mundo entero. «No existe nada seguro, nada duradero, ninguna dicha verdadera, no existe la paz.»

Ni los ejércitos antiguos ni los medievales y modernos, ni los profesionales técnicos formados por los mercenarios alemanes e italianos del Renacimiento dejaban espacio libre tan ilimitado a la sorpresa, a la aventura, al peligro y a la fantasía como las campañas de los reyes españoles en Italia, Flandes, Alemania, Francia y Africa y los viajes de los Conquistadores al Nuevo Mundo. ¡Cuánta arbitrariedad y casualidad, qué falta de método y de sistema, cuánto arrojo temerario había en estas empresas y qué contrastes entre crueldad feroz y piedad devota, entre codicia indigna y humanidad caballerosa!

Por cierto hay una cosa que la política española ha descuidado casi siempre y nunca ha aprendido bien: la economía. Esa nación no ha visto florecimiento económico ni siquiera en aquel siglo 16, en el que le pertenecía el mundo, pero sí a tres bancarrotas nacionales solo en la segunda mitad de aquel siglo. Igual que en sus reflexiones le impresiona más el milagro que la naturaleza también desde el punto de vista de su voluntad y de su actividad

vale más la guerra que el trabajo, la aventura más que el comercio, el poder y el honor más que las riquezas, el dominio más que la posesión. Por encima de lo cercano y más próximo su mirada busca a la lejanía. El origen del éxito, el manejo de la dicha, la justificación de toda acción, la última responsabilidad por toda nuestra existencia, todo eso no está en nosotros sino en el más allá, está de Dios. Este rasgo trascendental de la ideología y de la voluntad, esta aversión contra lo imanente ha capacitado a los españoles a romper a la estrechez medieval de nuestra existencia europea, a navegar alrededor del mundo, a explorar países infinitos, a vencer y a sofocar al particularismo de los señores y señoritos feudales, el de las ciudades gremiales y el de los particularistas y de los cismáticos y a abarcar a cientos de tribus, de naciones y de idiomas en su Imperio Católico: un Dios, una Fe, un Imperio.

Como es natural la nación dominadora y guerrera, que, según decía Erich Marcks, «lucía como clase directora militar común por encima de Europa», fué lo mismo vivamente admirada como odiada y temida mientras su brazo era fuerte e igualmente olvidada pronto después de quedar derribado su poderío. Actualmente todavía la enormidad de Norteamérica estorba al progreso de la mentalidad española en la América Central y en la del Sur. En ultramar se prosigue bajo condiciones nuevas la disputa que en Europa terminó con el ocaso y el agotamiento de España y con la prosperidad de una clase burguesa esclarecida.

A fines del siglo 17 esta clase burguesa ha vencido al hombre español, lo ha rechazado trás de los Pireneos y por último le ha robado el resto de su dominio en ultramar en la guerra del año 1898.

Como recuerdo e idea, como poesía y arte, como nostalgia y anhelo esta España señorial y magnífica no puede morir. Y esto bien parece ser una señal de que tampoco hemos agotado todavía, tampoco hemos descubierto y comprendido aun bastante ni a sus sentimientos, ni a su heroicidad, ni a su voluntad y a su poder.

Libertad y orden

Se dice que una nación desea ante todo la libertad. Pero sería más justo decir que la nación desea ante todo el orden, porque siente instintivamente, que el orden es la libertad suprema.

Massimo D'Azeglio
Presidente del Consejo de Ministros italiano
1845—1855.

BALTHASAR GRACIÁN, 1658—1694:

El gran modelo

No se nace hecho; vase de cada día perfeccionado en la persona, en el empleo, hasta llegar al punto de consumado ser: al complemento de prendas, de eminencias. Se conoce esto en lo realzado del gusto, en lo purificado del ingenio, en lo maduro del juicio, en lo defecado de la voluntad.

Elegir idea heroica, más para la emulación que para la imitación. *Ay ejemplares de grandeza, textos animados de la reputación.* — Propóngase cada uno en su empleo los primeros, no tanto para seguir sino para adelantarse. Lloró Alejandro no à Aquiles sepultado sino a su propia gloria que no había nacido todavía. No hay cosa que así solicite ambiciones en el ánimo como el clarín de la fama ajena. El mismo que atierre la envidia, alienta la generosidad.

Sea uno primero señor de sí y lo será después de los otros. La detención prudente sazona los aciertos y madura los secretos. La reserva es el sello de la capacidad, pecho sin secreto es carta abierta; donde hay fondo están los secretos profundos, que hay grandes espacios y enseñadas donde se hunden las cosas de monta; procede de un gran señorío de sí y el vencerse en esto es el verdadero triunfar.

Siempre hay tiempo para enviar la palabra. No hay mayor señorío, que el de sí mismo, de su afectos, que elega a ser triunfo de albedrío.

*

Tener amigos es el segundo ser. No hay desierto como vivir sin amigos; la *amistad* multiplica los bienes y reparte los males; es único remedio contra la adversa fortuna y un desahogo del alma. *Hay amistades legítimas y otras adulterinas; estas para la delectación, aquellas para la fecundidad de aciertos.* Ha de tener las tres calidades del bien, otros dicen las del ente uno, bueno y verdadero; porque el amigo es todas la cosas.

*

El *despejo* en todo es vida de las prendas, aliento del decir, alma del hacer, realza de los mismos realces; las demás perfecciones son ornato de la naturaleza pero el despejo lo es de las mismas perfecciones que hasta en el discurrir se celebra; para de facilidad y adelántase a bizarría.

Dichos y hechos hacen un varon consumado. Hase de hablar lo muy bueno y obrar lo muy honroso, la una es perfección de la

cabeza, la otra del ánimo; las palabras son sombra de los hechos, son aquellas las hembras, estos los varones. Es fácil el decir y difícil el obrar. Las hazañas son la sustancia del vivir y las sentencias el ornato. Las acciones son el fruto de la atencias, los unos sabios, los otros hazañosos. El constante varon juzga por especie de traición el disimulo, preciase más de la tenacidad que de la sagacidad: hállese donde la verdad se halla.

*

Conocer las eminencias de su siglo. No son muchas: un Fenix en todo un mundo, *un* gran capitán, *un* perfecto orador, *un* sabio en todo un siglo, *un* eminente rey en muchos. No se atiende sino a la perfección y solo el acierto permanece. Entendimiento con fondos logra eternidades.

No consiste la perfección en la cantidad, sino en la calidad. La intención da eminencia y es heroica, si en materia sublime. El saber y el valor alternan grandeza: porque lo son hacen inmortales. Un sábio todo lo puede. Hombre sin noticias, mundo a oscuras. Consejos y fuerzas, ojos y manos; sin valor es esteril la sabiduría.

El brío del ánimo excede al del cuerpo: es como la espada, ha de ir siempre embainado en su cordura; para la ocasión.

Tuvieron muchas prendas eminentes, que por faltarles este aliento del corazón parecieron muertos y acabaron sepultados en su dejamiento; nervios y huesos hay en el cuerpo, no sea el ánimo todo blandura.

Un empeño en su ocasión hizo personas a muchos, asi como un ahogo saca nadadores; de esta suerte descubrieron muchos el valor y aun el saber, que quedara sepultado en su encogimiento, si no se hubiera ofrecido la ocasión.

No hay mejor compañía en los grandes aprietos que un buen corazón. *Alteza de ánimo* es de los principales requisitos para héroe, porque inflama á todo género de grandeza; realza el gusto, engrandece el corazón, remonta el pensamiento, ennoblece la condición y dispone la majestad: donde quiera que se halla se desquella y aun tal vez desmentida de la envidia de la suerte, revienta por campear, ensánchase en la voluntad, ya que en la posibilidad se violente: reconocenla por fuente la magnanimidad, la generosidad y toda heroica prenda.

Tienen *su bizarría* las almas, gallardía el espíritu, con cuyos galantes actos queda muy airoso un corazón; no cabe todos, porque supone magnanimidad. Nunca perderse el respeto á si mismo, ni se roze consigo à solas: sea su misma entereza norma propia de su rectitud y deba más à la severidad de su dictamen, que à todos los extrínsecos preceptos.

MARCUS J. MONRAD,
FILÓSOFO NORUEGO (1816—1897):

Política y ciencia

Como la vida y las acciones del individuo están necesariamente relacionadas con su manera de pensar y con su concepto de la vida igual de natural y acaso más natural todavía es que la disposición y las condiciones de naciones y épocas enteras no esten sin relación con los puntos de vista de su ideología contemporánea, con los resultados teóricos de su observación de la naturaleza y de la vida humana; más bien: igual que las ideas y la ciencia surgen del fondo profundo de la vida por el otro lado repercuten también en esta.

Desde luego no se debe esperar que esta relación se evidencie claramente en cada punto distinto. Porque es más bien el carácter de la ciencia recluirse en si misma por mucho tiempo y perseguir a sus propias ideas sin tener en cuenta a su empleo práctico, como por el otro lado la vida no puede ni quiere seguramente consultar a la ciencia a cada paso. Por eso sería en vano indudablemente querer perseguir a la *unidad* de la *ciencia* y de la *vida* en detalle y querer mostrar para cada tendencia, para cada torbellino que aparezca en la vida práctica un sistema filosófico correspondiente. Pero siempre seguirá siendo verdad que en general la vida y el saber *forman un conjunto* y son idénticos en la raíz más profunda de su desarrollo. Como por lo tanto se ha intentado no sin resultado contribuir a la explicación de ciertos fenómenos en la historia de la ciencia recurriendo a condiciones históricas generales al revés se hallará igualmente una explicación más profunda de las partes esenciales de esta historia comparándolas a sistemas filosóficos de la misma época. Sí, donde se trata precisamente de la comprensión científica la última manera de explicar incluso parece ser preferible porque el pensamiento o la idea en la que se basa todo desarrollo histórico se manifiesta en el sistema filosófico en su desnudez por decirlo así, bajo su forma más clara y más traslúcida.

Como cada uno puede observar vivimos actualmente en una época activa y agitada. Las naciones lo mismo que los individuos tienden y se extienden siempre hacia adelante. Todo quiere desvencijarse, salir de sus modos de vivir anteriores. Energías contenidas o dormidas hasta ahora se despiertan y se libran con exigencias cada vez acrecentadas. Lo que por lo menos hasta ahora

valía solo por teorías vanas o ilusiones fantásticas aparece ahora exigiendo realización con más insistencia cada vez. Es verdad que de este modo circulan más y más conceptos de vida cambiados — según puede parecer: ideas nuevas — pero estas ideas son más bien de índole práctica que teórica.

Por eso parece ser una obra no completamente inútil si por lo menos algunos de vez en cuando se dan tiempo de mirar un poco en torno suyo y hacia atrás a fin de llegar a ver acaso al origen ideológico más profundo del que surgen las distintas corrientes de una época o hacia el que son atraídas por último por una parte y por otra.

Es preciso poder levantar la cabeza por encima de la corriente para ver de donde viene y adonde va.

Naturalmente sabemos muy bien que la influencia purificadora y dirigente que la comprensión científica superior puede ejercer sobre la vida práctica no es inmediata o directa. El axioma de Platón que la miseria del mundo no terminaría hasta que los filósofos no devendrían gobernadores y los gobernadores filósofos no debe comprenderse literalmente. Nosotros los filósofos — creo yo — tampoco nos apoderaríamos de buena gana de las riendas del gobierno como los reyes y las naciones se negarían a abandonarnoslas. Pero sí rendimos homenaje a la afirmación de que por último es la *idea* y no la casualidad lo que gobierna al mundo y que la idea no es realmente ella misma hasta que no la haya comprendido también la ciencia. Por lo tanto la comprensión científica es siempre una parte esencial y verdaderamente integral — aunque muchas veces desatendida — del desarrollo de la humanidad. Igual que surgiendo de innumerables y oscuras fuentes de la vida se concentra por vías escondidas en unidad y claridad en espíritus particularmente capacitados para ello, se vuelve a extender desde estos — otra vez a menudo por canales ocultos — por toda la nación, gobernadores lo mismo que gobernados, y toda la comprensión, libertad y energía que en cualquier parte se manifiesta fluye más o menos clara y directamente desde este *ensorium commune*. Solo las acciones de naciones y naturalezas bárbaras — como ocurre en los organismos más primitivos — son «movimientos reflexivos» provocados por la impresión inmediata y sin haber pasado a través del órgano central, ideal y transfigurador. La ciencia es tan poco inánime e impotente por ser su influencia invisible — como el cerebro en el cuerpo humano no es impotente porque no se vea su actividad sino solo la de la mano. La idea penetra insensiblemente y en la plenitud del tiempo llega a determinar al destino de las naciones.

WERNER VON SIEMENS,
FÍSICO E INGENIERO ALEMÁN (1816—1892):

Viaje a caballo a través del Cáucaso

Durante todo el día nuestro camino de herradura nos conducía hacia arriba a través de paisajes igualmente hermosos, no afectados por ninguna cultura humana; a menudo nos encantaban vistas admirables de las altas montañas nevadas que poco a poco se elevaban ante nosotros y de la superficie brillante del mar a nuestros pies.

Inmediatamente detrás de la ciudad el camino que tomaba nuestra expedición bien montada nos llevaba hacia arriba por el desfiladero de un pequeño río montañoso poblado simétricamente de árboles exuberantes. Me llamó la atención que las encinas y los castaños inmensos tenían una envoltura completamente parda que no dejaba descubrir en ellos ni una hoja verde, sobre todo donde les daba el sol. Era lúpulo salvaje que los tapaba hasta la cima suprema y les prestaba el color de sus umbelas grandes, maduras en aquel momento. Como yo conocía el gran valor del lúpulo al regresar propuse al General Heymann hacer recoger a este lúpulo por sus soldados y por lo pronto enviar una muestra a Alemania para analizarla. Así lo hizo el General pero desgraciadamente, según quiero anotar en seguida, el análisis resultó muy desfavorable; yo no había sabido que el lúpulo salvaje no posee ningún principio amargo sino que este solo es propio de las umbelas de las plantas hembras del lúpulo si se las mantiene apartadas cuidadosamente de todas las plantas masculinas lo que naturalmente nunca es el caso con el lúpulo salvaje.

Por la mañana siguiente al salir el sol continuamos nuestro viaje a caballo y ahora nos acercamos al macizo de montañas.

No pude resistir a la tentación de llegar de este modo como quien dice al núcleo del alto Cáucaso que según nos dijeron no había pisado todavía ningún europeo occidental.

Sin grandes esfuerzos alcanzamos el margen de la región llamada Cibelda formada por el terreno que se extiende al pie del verdadero centro de este nombre. Para llegar a este existía un único acceso a lo largo de un barranco profundo en cuyo fondo seguía su curso desenfrenado un torrente impetuoso. Del lado del que veníamos la grieta estaba limitada por una peña casi perpendicular de más de mil pies de altura seguramente y más de una versta de larga. Más

o menos a media altura se había formado en ella un tramo horizontal que tenía la anchura justa para poder servir acaso de camino de herradura. Este sendero era el único acceso a la Cibelda, tuvimos que transitar por él. El oficial abrió la marcha después de habernos aconsejado de no mirar al abismo sino siempre a la cabeza del caballo y de dejar a este andar libremente. En profundo silencio llegamos felizmente hasta medio camino del desfiladero; al borde del camino había arraigado alguna vegetación que distraía la mirada de la garganta abierta. De pronto me di cuenta que el caballo del oficial que tenía delante se hacía más bajo y al mismo tiempo vi como este se apeaba tranquilamente de la silla del lado de la peña. El caballo tampoco perdió su calma sino que volvió a levantarse y siguió su camino junto al oficial. Instintivamente me pareció indicado hacer lo mismo que este y también me dejé deslizar del caballo a tierra del lado de la peña. Después de haber atravesado felizmente el punto peligroso donde el caballo del oficial, desviado por la vegetación, había dado el paso en falso, volví la cabeza preocupado por mi hermano que me seguía pero me tranquilizé al darme cuenta que no solo él sino toda la columna de los jinetes ya había seguido nuestro ejemplo. De este modo todos alcanzamos sanos y salvos el final del desfiladero y poco después nos repusimos de los esfuerzos y sustos pasados con una buena comida en una gruta maravillosamente bella cuyas paredes y cuya bóveda estaban forradas de musgos sùtiles y que abría sobre el valle fluvial profundo y bastante ancho.

De aquí en adelante terminaba el camino y a mi me parecía enigmático cómo nuestro guía sabía orientarse en la magnífica selva virgen que tuvimos que cruzar. En el trecho siguiente la formación del terreno era muy rara. Había elevaciones enormes de unos setecientos pies de altura que iban en declive ondulante del Este hacia el Oeste y que tuvimos que atravesar repetidas veces. Sus pendientes meridionales estaban pobladas de árboles soberbios, en general encinas, castaños y nogales cuyas cimas formaban toda una cubierta de modo que bajo ella no podía desarrollarse la calamidad de los bejucos y de otras enredaderas. Los árboles tenían dimensiones imponentes. Parecía que aquí ninguna mano humana había influenciado jamás el desarrollo natural de la vegetación y así había árboles gigantescos, viejos y secos junto a otros que se cubrían de verde exuberante, mientras que árboles de una generación más joven dejaban en la sombra a troncos enormes caídos, derribados probablemente por la tempestad. A menudo costaba mucho trabajo dar la vuelta alrededor de tal cadáver de árbol que precisamente atajaba al camino porque cima y raigambre formaban en sus

extremos barreras eficaces. Algunos de estos troncos derribados eran tan voluminosos que un hombre a caballo apenas podía mirar por encima de ellos. De vez en cuando felizmente estaban tendidos formando un hueco bajo el que podíamos pasar a caballo.

Un panorama completamente distinto se nos ofrecía después de haber atravesado una de esas crestas al tener que bajar otra vez por su pendiente septentrional. Aquí el sol no había tenido bastante ardor para secar al terreno. Toda la pendiente estaba encharcada a pesar de su escarpa de modo que los cascos de los caballos se atascaban en la terrera pegajosa y repetidas veces nos vimos forzados a apearnos y a ayudar a nuestros caballos. También lozaneaban aquí enredaderas innumerables que nos obligaban a dar grandes rodeos y los sitios que buscábamos por estar libres de enredaderas a causa de su humedad considerable llevaban una vegetación de plantas en forma de juncos de tal tamaño que eran más altas que el caballo con su jinete.

Cuando volvimos a subir hice el descubrimiento que la cola de los caballos montañeses es muy importante en excursiones difíciles por la sierra. A la pendiente particularmente escarpada tuvimos que subir a pie por miramiento a los caballos muy cansados ya y pronto se agotaron mis fuerzas. En este apuro se me ocurrió agarrarme a la cola del caballo que subía alegremente a mi lado por el sendero pedregoso. Este procedimiento parecía serle conocido al caballo; redoblaba sus esfuerzos y yo llegué sin dificultad a la cresta de la montaña donde el oficial me recibió con la exclamación aprobadora «¡A lo caucasiano!» Al volver la cabeza para mirar a los que me seguían tuve la sorpresa de encontrarlos a todos colgados también de la colas de sus caballos.

Con el sol poniente llegamos por fin a un desfiladero estrecho que daba acceso a la misma fortaleza natural de la Cibelda. Después de haberlo atravesado se extendía ante nuestros ojos un espectáculo de una grandiosidad y hermosura tal que en el primer momento casi me oprimía. A la clara luz del sol crepuscular teníamos delante al *Elbro* imponente cubierto de nieve hasta muy abajo. A su derecha y a su izquierda se veía una serie de otras montañas nevadas que sobre todo a la derecha formaban una larga serranía. En el fondo a nuestros pies había un valle fluvial rocoso, en parte bañado por el sol todavía; este limitaba al pie del *Elbro* que en despeñadero sin árboles y sin intermitencia visible caía a pico hacia él, formando un ancho plano. El aspecto me recordaba un poco al que se tiene de la sierra de los Alpes Altos bañados por el sol vistos desde Grindelwald, solo que el *Elbro* reinaba en medio de la imagen como si dos doncellas estuviesen apiladas una encima de la otra.

Al Elbro de 18.000 pies de altura, el monte más alto de Europa si se toma por límite natural de este continente a la cresta de la alta sierra del Cáucaso, solo desde pocos puntos se le ve en toda su altitud porque está encerrado dentro de una alta sierra circular. El espacio que le separa de esta solo es accesible en pocos sitios y en varias partes está dividido otra vez en si por varias crestas radiales que hacen imposible toda circulación humana. Entre estas la Cibelda es una fortaleza natural e inexpugnable que pocos hombres pueden defender contra ejércitos enteros.

Después de habernos deleitado con el aspecto sorprendente e incomparablemente hermoso atravesamos a la llanura bastante extensa que había ante nosotros y en la que se hallaba el Aul de la tribu de los cibeldanos que habían emigrado un año antes. No era fácil avanzar en la llanura cubierta densamente por plantas trepadoras de la altura de un hombre y de encontrar el camino hasta el Aul. En esto nos venía en cuenta un camino abierto por osos a través de los arbustos; tenía que ser debido a osos, eso se podía deducir de los huesos de los frutos de los cerezos laureles tirados por el suelo que para los osos de aquella región son un alimento apreciado. Las casas de madera del gran Aul estaban todavía completamente intactas según las habían abandonado sus vecinos hacía un año; solo los osos que venían buscando alimento habían causado algunas destrucciones.

Por la mañana siguiente regresamos a caballo por el valle de Cachetien intentando viajar directamente a Kedabeg a través de la estepa.

Durante el viaje nos resultó difícil pasar por el Curancho de corriente rápida a cuya ribera izquierda llegamos a medio día. Encontramos a un solo bote pequeño que no podía llevar más que a pocas personas pero no descubrimos ningunos remos para hacerlo adelantar que además tampoco hubiesen servido gran cosa dada la rapidez de la corriente. Era interesante la manera que empleaban nuestros acompañantes para verificar el paso y recomiendo al Señor Director General de Correos de incluirla en la descripción de los tiempos primitivos del correo. Los dos caballos mejores fueron conducidos al agua hasta que perdían pie. Entonces dos tártaros que estaban en el bote cogían sus colas y por los caballos que nadaban se dejaban tirar con el bote y con algunos pasajeros a través del río. Habiendo dejado en tierra a los pasajeros volvían del mismo modo con el bote y llevaban a un segundo grupo con otros caballos; así seguían hasta que solo quedaban tártaros. Por último estos conducían a sus caballos al agua y se dejaban tirar por ellos colgados de sus colas.

En todas nuestras excursiones en las sierras tuvimos ocasión de admirar a la destreza y tenacidad de los pequeños caballos montañoses caucásicos. Incansables y sin dar un paso falso suben con sus jinetes por los vericuetos más empinados y difíciles; sin ellos sería casi imposible atravesar a las regiones montañosas desgarradas y a menudo escabrosas. En general en el Cáucaso se toma por más seguro hacer a caballo excursiones difíciles por las montañas que no hacerlas a pie. Que sin embargo hay excepciones de esta regla me lo probé yo mismo durante mi segunda visita a Kedabeg. El tiempo otoñal sereno y hermoso hasta el diciembre se trocó con rapidez inesperada en tiempo lluvioso con nevada ligera. Precisamente queríamos visitar al valle de Schamchor y nos servíamos del camino de herradura algo penoso que conduce hacia allí acompañando al arroyo impetuoso de Kalakent hasta el Schamchor. Pero cuando comenzó a nevar con mayor abundancia nos parecía oportuno volvernos para que el camino de regreso no quedase completamente cubierto de nieve. Era asombroso con qué certeza nuestros caballos sabían encontrar al sendero ya bastante sepultado bajo la nieve que seguía muy de cerca al cauce colmado de nieve y cómo aprovechaban siempre los puntos de apoyo seguros del terreno. Yo iba directamente detrás de mi hermano Otto cuando noté como se aflojaba una piedra bajo el peso de su caballo precisamente en un punto peligroso muy cerca del borde de la ribera que aquí iba en declive vertical de varios metros. Un momento después mi caballo pisó sobre la misma piedra que de este modo se acabó de desprender ocasionando mi caída. Solo recuerdo haber oído un grito del jinete que me seguía y después me encontré en pie en medio del cauce con el caballo a mi lado. Según decían mis compañeros el caballo había rodado conmigo por la pendiente y después se había quedado precisamente en sus pies. De todos modos fué un desenlace feliz.

Precursores de la nueva época

Creo que nos hallamos en vísperas de una época en la que la idea política y la idea social dejarán de existir bajo sus formas actuales y que ambas se soldarán en una unidad que por de pronto implica en sí las condiciones de la dicha de la humanidad.

Henrik Ibsen
1828—1906

CLAUDE HENRI SAINT-SIMON,
FILÓSOFO FRANCÉS, 1760—1825:

El espíritu de comunidad europeo

Europa necesita una constitución sólida. Esta constitución debe basarse en fundamentos que fueron creados por el espíritu de las naciones y de los hombres europeos y que no dependen de creencias y opiniones arraigadas en la época. Eso es lo que necesita Europa, lo que yo propongo hoy.

Antes de las postrimerías del siglo 15 todas las naciones de Europa formaban una sola corporación política en cuyas fronteras reinaba la paz. Pero en cambio estaba armada contra los enemigos de su constitución y de su independencia.

El Tratado de Westfalia estableció un nuevo sistema por una construcción política llamada «el equilibrio europeo». Se dividió a Europa en dos grupos de Estados esforzándose por mantenerlos igual de potentes. Eso significaba la guerra y su continuación. Porque es inevitable que estos dos grupos de Estados de potencia equivalente tengan que ser rivales y no existe rivalidad sin guerra. Desde el día en el que se firmó el Tratado de Westfalia la guerra en Europa ha devenido consagrada por el uso. Inglaterra basaba su poder en esta confusión. Se entendía en sacar su provecho propio del «equilibrio» a costa de los demás. La finalidad de la política extranjera inglesa era el dominio universal. Inglaterra empleaba a todo, a su oro, a sus armas, a su política para mantener a este llamado equilibrio que le permitía libertad impune por destruirse mutuamente las energías europeas. Una situación así es demasiado absurda para poder continuar.

Antiguamente Europa formaba una sociedad confederada que estaba unida por instituciones comunes y puesta bajo las ordenes de un gobierno general. Tenía la misma importancia para las *naciones* que los gobiernos nacionales para los *individuos*. Solo una condición así puede volver a repararlo todo. Alianzas particulares y coaliciones basadas en intereses opuestos volverán a lanzar a Europa en el triste estado de guerra del que se ha tratado a salvarla en vano.

Cada reunión de naciones como toda asociación de hombres necesita instituciones comunes y una organización. Es preciso una energía cooperadora de ambas partes que una a las tendencias

de voluntad, que concierte a los movimientos, que oriente a los intereses y cimente a los deberes en fundamentos sólidos. La idea de una unión de las naciones europeas por una institución política no es seguramente ninguna ilusión.

Por educación, apego y ejemplos cada hombre, no importa en que país haya nacido, tiende siempre más o menos a dirigir su mirada más allá de los límites de sus intereses personales y a identificarlos con los intereses de la sociedad. Por esta costumbre consolidada y devenida instintiva mira a sus intereses como a una parte de las conveniencias de su nación. Esta inclinación se llama patriotismo.

En el momento en el que un individuo es también responsable del destino de su nación el patriotismo en él se transforma en espíritu de comunidad y en disposición a la comunidad. Esta disposición a la comunidad es el alma del gobierno. Explica a los esfuerzos comunes por alcanzar un fin. Esta disposición a la comunidad que en el gobierno resulta del sentimiento nacional en el gobierno europeo puede surgir únicamente de miras amplificadas, de un sentimiento extenso que se puede llamar «patriotismo europeo».

«La institución forma al hombre» dice Montesquieu; por lo tanto se acostumbrará a los miembros de un Consejo Europeo a extender al patriotismo más allá de las fronteras de la patria y a tener presente a los intereses de Europa en vez de las conveniencias nacionales. Es preciso admitir a este Consejo Europeo solo hombres que relaciones más extensas, aspectos menos limitados y campos de actividad sobrenacionales capaciten particularmente a llegar pronto a ese sentimiento de comunidad que se puede identificar con el espíritu de compañerismo, a ese interés común que ha de ser el interés corporativo del Consejo Europeo. Negociantes, eruditos, jueces y administradores han de ser llamados a formar el gran Consejo. Porque tanto las ciencias como las artes, la legislación, el comercio y la circulación, la administración y la industria interesan igualmente a toda Europa.

La fantasía de los poetas ponía a la Edad de Oro junto a la cuna de la humanidad, en medio de la ignorancia y del primitivismo de los primeros tiempos. No, la Edad de Oro de la estirpe humana no se halla en nuestro pasado sino que la tenemos delante. Consiste en la perfección del orden social. Nuestros antepasados no han visto a la perfección pero nuestros hijos la alcanzarán algún día. Nuestra tarea es allanarles el camino hacia allí.

ERKKI MELARTIN,
COMPOSITOR FINLANDÉS, 1875—1937:

Mirada hacia adentro

Aforismos

Aforismos son como una melodía: no sabemos si la hemos oído ya o si suena dentro de nuestro corazón. El conocimiento empieza a despertar en cuanto los llenamos del calor de nuestro propio ser.

El sentido no consiste en perdernos en Dios sino en hallarnos en El.

Cuánto tenemos que aprender para darnos cuenta que todo es vanidad — pero más profunda sabiduría nace cuando tras el vacío y el no ser se enciende la claridad pura.

Lo importante en nuestra vida es la actitud del alma especial, casi imposible de explicar. Todo lo demás — estilo de vida, arte, filosofía — arraiga en esta actitud del alma.

Se busca el camino hacia los cielos más lejanos pero cuántos no han encontrado todavía ni siquiera el camino que lleva a la naturaleza en la que árboles y flores conmueven a nuestra alma.

Pensamientos son melodías que resuenan dentro de nosotros. Preguntamos ¿pienso yo o piensa algo dentro de mi?

La mayor parte de nuestra existencia transcurre con la lucha con problemas que están solucionados ya y sin embargo es menester que nosotros mismos tentemos a experimentarlos siempre de nuevo.

Me asomo a la ventana y contemplo al invierno: qué fino es el cristal que separa al frío del calor. Pero cuánto más fina y más frágil es la pared que separa a la dicha de la desgracia.

La dicha es una compañera amable de la vida justa — pero nunca su finalidad. Una existencia heroica, dura e incondicional no se preocupa de la dicha. Completamente libres de este afán solo lo están los grandes y los solitarios.

Se bondadoso para con los hombres, entonces te vas dando cuenta poco a poco — que los amas.

Dentro de nosotros reposa un rico tesoro de bondad y cariño. Con demasiada frecuencia solo se comienza a levantarlo cuando es demasiado tarde.

La mayoría de los hombres teme a la soledad porque sospechan que solos estarán mal acompañados.

Cuántos son esclavos de su propiedad y esperan enriquecerse porque creen que de este modo quedarían libres.

Trás el desprecio de los hombres en un alma realmente grande se esconde más amor que trás la amabilidad de un hombre adocenado.

Ante todo acostúmbrate a la constancia y verás como brotan flores primaverales de la tierra que tu tenías por seca y estéril.

¡No debemos gritar! Ese es el mandamiento más desagradable y más difícil de la autoeducación si aspiramos a realizarlo verdadera y constantemente en la vida y en el arte: ¡no debemos gritar!

No existe ningún amor barato y cómodo. Siempre tenemos que pagarlo con la sangre de nuestro corazón. No vale gran cosa ni para nosotros mismos ni para los demás un amor que no sea un sacrificio continuo.

Qué feliz hace el sentimiento de descubrir profundidades nuevas en la persona amada que ya conocemos desde hace mucho tiempo.

Lo que con más fervor amamos es lo inaccesible — el alma humana.

Un profesor meticuloso enjuagaba en su vaso de agua a cada uva antes de comerla. Después se bebió el agua. ¿No encontramos el mismo caso en la moral humana?

El miedo de parecer ridículo es uno de los obstáculos mayores para manifestar sentimientos verdaderos y para realizar fines nobles.

Con frases se ha matado más vida viviente que con toda otra arma.

La cortesía verdadera es la delicadeza — y delicadeza es la capacidad de comprensión.

Cuando los hombres llegan a cierta edad de 25 o 30 años muchas veces se enorgullecen y dicen: ahora soy persona mayor. Y con esto se quedan siempre rudimentales.

Jugamos con la libertad como niños con un arma cargada.

El servicio no es nunca esclavitud — el servicio justo es la libertad suprema.

Los inmortales

Del discurso sobre los caídos

Bajo signos gigantescos y no sin pruebas en efecto hemos extendido nuestro poder y las generaciones contemporáneas lo mismo que la posteridad nos deparan su admiración. No necesitamos a ningún Homero como pregonero de nuestra gloria ni a nadie más que quiera reproducir en cantares de gesta cosas sublimes mientras que la realidad desmiente a la exaltación de los actos, sino con denuedo nos hemos franqueado el acceso a todos los mares y a todos los países y en todas partes hemos levantado los monumentos de nuestras acciones lo mismo malas que buenas. Para tal ciudad estos han sacrificado su vida con buena voluntad, valientemente decididos a no dejar robarsela y cada uno de los nuestros está dispuesto a sufrir lo mismo por amor a ella. Pero por eso he tomado la palabra para instruiros acerca de esto: que nosotros no luchamos por lo mismo que los que no poseen nada semejante; pero al mismo tiempo también para realzar claramente a la gloria de estos en cuyo honor hablo, citando pruebas evidéntísimas. Lo más grande para ellos está dicho ya. Pues todo lo que celebro en esta ciudad se lo debe a estos hombres y a la capacidad de sus semejantes; y no habrá muchos helenos cuyos actos como los de estos excederían a una palabra tal. Sobre todo un hundimiento como el que han sufrido estos me parece revelar virtud varonil porque al principio la exige y por último la confirma. Pues también en el caso de los que en otras cosas se mostraron peores es justo apreciar a la valentía en la lucha por la patria por encima de todo lo demás. Compensando de este modo lo malo por lo bueno en el fondo han servido más de lo que habrán perjudicado. Pero de estos ninguno se ha dejado enervar por el bienestar anteponiendo los placeres de la vida, ni ha rechazado de ofrecerse a lo terrible esperando sustraerse a su pobreza enriqueciéndose. Más deseaban el castigo del enemigo y sintiendo el peligro de muerte como lo más hermoso pensaban a pesar suyo castigar al enemigo y ganar con ello al mismo tiempo el destino más bello. El éxito invisible lo abandonaron a la esperanza pero en la acción de la que se trataba y que tenían presente creían deber fiarse a si mismos y preferían luchar y morir a ceder y a salvar la vida. Lo único que trataban de evitar era la maledicencia pero la acción la realizaron con sus

cuerpos y han muerto en un cruce estrechísimo del destino respirando el aliento supremo de la gloria lejos de todo miedo. Portándose así cumplieron con su deber frente al Estado — y devinieron héroes. Pero los que sobreviven aunque rezen por un destino más misericordioso no deben creer que puedan manifestar ante el enemigo sentimientos menos nobles. Pues no han de ser interesados teniendo presente únicamente el provecho de tales sentimientos que seguramente se podrán explicar contándoos con todos los detalles lo que ya sabéis: qué bueno y qué hermoso es oponer resistencia al enemigo; sino debéis tomar cariño a vuestra ciudad dandoos cuenta un día tras otro de su poder tan eficaz; y si os parece digna de aprecio recordad que hombres temerosos, sabiendo lo que es menester y actuando según lo exigía el honor, han conquistado todo esto — no creyendo oportuno sustraer enseguida su apoyo al Estado si alguna vez fracasaba una empresa sino ofreciéndose a él como sacrificio supremo. Para bien de todos daban su vida pero para si mismos ganaban gloria inmortal y la tumba más sublime; no solo la tumba en la que yacen ahora sino también aquella otra en la que todas las generaciones conservan su memoria inolvidable y eterna cada vez que se presenta la ocasión de un discurso o de una empresa. La tierra entera es la tumba de hombres brillantes y no solo los nombra la inscripción en la columna de su patria. También en el extranjero vive para siempre en el pecho de los hombres el recuerdo tácito de su actitud más que el de su obra.

Este pues es el ejemplo que debéis imitar y cuando halléis la dicha en la libertad, la libertad en el valor entonces no mirareis ansiosos en torno vuestro a los peligros del combate. Los que llevan una vida miserable y no tienen delante ninguna esperanza no son los que tienen mejor motivo de arriesgar su vida, sino los que están amenazados por un cambio de dicha en desgracia y para los que hace mucha diferencia si la adversidad los alcanza. Porque más dolorosamente hiere a un hombre la humillación debida a la afeminación que la muerte que ya no se siente en la flor de la fuerza y de la esperanza común. Por eso ahora no quiero compadecerme tampoco de los padres de los caídos, sobre todo no de vosotros que estáis presentes sino voy a consolaros. Sabéis vosotros mismos que os habeis desarrollado en medio de múltiple inconstancia y de toda clase de vicisitudes. Pero la dicha verdadera consiste en un destino decoroso como el que fué otorgado a estos por su muerte sublime y a vosotros por el duelo más noble pero que además de vosotros solo se brinda a quienes un espíritu

bondadoso haya trocado en igual beneficio la vida y la muerte. Ciertamente que es difícil convencerlos cuando tantas veces os acordáis de ellos contemplando a otros en la dicha de la que vosotros mismos os habeis enorgullecido antes. No se entristece uno por la pérdida de bienes que no se han poseído jamás sino por los bienes de los que se queda uno privado después de haberlos disfrutado. Pero han de animarse con la esperanza de otros hijos los que tienen todavía la edad para tenerlos; porque en la propia casa los recién nacidos harán olvidar acaso a los que ya no existen y para el Estado será una ventaja doble no perder ciudadanos ganando en seguridad. Porque no es posible que sea igual de saludable para el bien común el consejo del que no tenga hijos como el de los demás que dándolo arriesgan la vida de los suyos. Pero vosotros que ya teneis demasiada edad mirad como beneficio haber pasado dichosos la mayor parte de vuestra vida siendo reducida la parte que resta. La gloria de estos muertos debe consolaros. Porque el honor es lo único que no envejece y en los años de ancianidad inútil no son los intereses los que más alegran según dicen muchos sino el goce del honor. Pero para vosotros, hijos y hermanos de los caídos, veo surgir un gran certamen. Porque quien no está ya entre los vivientes es alabado por todos mientras que acaso ni por un derroche de valentía conseguireis vosotros hacer apreciaros tanto como ellos; sino siempre tendreis que irles en zaga. Porque entre los vivientes reina la envidia contra el rival; en cambio al adversario que ya no cierra el paso, que ya no estorba por su rivalidad a ese se le concede el honor de la benevolencia que ya no limita ninguna enemistad.

Como también es debido ahora mencionar la virtud femenina de las que en adelante vivirán en viudez quiero ayudar a todos con una breve advertencia. Será vuestra gloria no ceder a la naturaleza que os domina; y será vuestro honor supremo que los hombres no hablen de vosotras ni para alabaros ni para criticaros.

Así he dicho lo que se debía expresar en palabras, obedeciendo a la ley: por la acción ya están honrados los enterrados. Pero a sus hijos los educará la ciudad a expensas comunes desde ahora hasta la edad adulta ofreciéndoles tanto a ellos como también a los supervivientes la magnífica palma de la victoria como premio de su lucha. Porque los hombres más valientes surgirán entre los ciudadanos que concedan a la valentía el premio supremo.

Más ahora brinde cada uno a los suyos los últimos ayes y entonces marcharos.

ÍNDICE DEL AÑO

I. El pensamiento europeo

- Prof. Mihai Antonescu, Bucarest: La vitalidad de Europa, XII, 10.
Teniente Prof. Dr. Castro-Rial, División Azul: La misión de las naciones europeas, IV, 6.
Alberto Mario Cirese, Pisa: La conciencia europea, VI, 4.
Donoso Cortés: La Unión de Europa, VIII/IX, 3.
Dr. Pedro Coulmas, Atenas: Decadencia y grandeza de la idea europea, V, 4.
Dr. Pierre Daye, Bruselas: La revolución europea y la guerra, VII, 15.
Marcel Déat, Paris: Europa y sus naciones, V, 19.
Johann Gottlieb Fichte: Proclama europea, VII, 3.
P. Gentizon, Ginebra: La universalidad europea, IV, 17.
Vincenzo Gioberti: La revolución europea, XII, 3.
Dr. Yrjö von Grönhagen, Helsinki: Soldado de la Europa nueva, III, 18.
François P. G. Guizot: El origen de la entidad cultural europea, VIII/IX, 48.
Victor Hugo: Una visión europea, V, 3.
Giuseppe Mazzini: Sobre el porvenir de Europa, VI, 51.
Francisco Alfredo de Monteflor, Lisboa: La tarea oceánica de Europa, XII, 4.
Fritjof Nansen: Una comunidad vital: Europa, X/XI, 3.
György Olah, Budapest: Europa por nuevos caminos, VIII/IX, 41.
José Ortega y Gasset: Destino de la joven Europa, VIII/IX, 17.
Pestalozzi: El honor de Europa, VI, 3.
Platón: Sacrificio heroico en pro de Europa, IV, 3.
Bogdan Popoff, Sofia: El camino de Europa hacia el amanecer, IV, 49.
Claude Henri Saint-Simon: El espíritu de comunidad europeo, XII, 52.
General Jenö von Ratz, Budapest: El nuevo mundo: Europa, VIII/IX, 27.
Dr. Theodor Uzorinac, Agram: Europa entre la quimera y la realidad, I/II, 56.
Dr. Emanuel Vajtauer, Praga: Europa unida, I/II, 23.
Cyriel Verschaeve, Alveringen: El gran despertar, XII, 35.
Dr. Vjeko Vrančić, Agram: La transformación europea, VI, 19.
Prof. Jan de Vries, Leiden: El nuevo espíritu europeo, X/XI, 7.
Prof. Alexander Zankow, Sofia: La cuarta Europa, X/XI, 4.

II. Caudillos y pueblos

- Manuel Pombo Angulo, Madrid: Caminos de España, III, 42.
- Dr. Belà Bàcskai, Budapest: Hungría lucha por la nueva Europa, I/II, 28.
- Alphonse de Chateaubriand, Paris: Francia y la lucha por la libertad de Europa, I/II, 50.
- Conde de Pressac de la Cheze, Francia: Entre noche y amanecer, VIII/IX, 12.
- Comandante Prof. W. Elze, Potsdam: Federico el Grande y el espíritu de la antigüedad, VII, 36.
- M. F., Roma: La muerte heroica de Bruno Mussolini, I/II, 33.
- General Angelo Gatti, Roma: El gran hombre, V, 40.
- Teniente Dr. Martti Haavio, Helsinki: Finlandia en el camino de la victoria, I/II, 35.
- Corresponsal de guerra Edwin Krsziza: Los voluntarios dinamarqueses en Ucrania, I/II, 40.
- Ministro Dr. Mladen Lorcović, Agram: El Sudeste y la liberación de Europa, V, 23.
- Stig Mark, Estocolmo: Las grandes personalidades, X/XI, 39.
- Dr. Ante Pavelić, Poglavnik de Croacia: Croacia y el nuevo orden, I/II, 31.
- Luis Pacheco Pérez, División Azul: Esta es la juventud española, VIII/IX, 11.
- Serge Petilaurent, Francia: La juventud ante la decisión, XII, 30.
- Dr. A. Tellefsen, Comandante de la Legión Noruega: Noruega y la joven Europa, I/II, 38.
- Dr. Antonio Tovar, Salamanca: La guerra presente ante la historia de España, XII, 14.
- Prof. Dr. A. Tuka: Bajo la nueva constelación, I/II, 20.
- Juan Carlos Villacorta Luis, Madrid: Los Abanderados de la Nueva España, I/II, 37.
- Ivo Vucicevic, Agram: Eslovacos luchando por Europa, III, 46.

III. La lucha europea por la libertad

- Prof. Mihai A. Antonescu, Bukarest: La guerra santa, I/II, 15.
- Luis Aparicio, División Azul: Notas de un Diario, V, 17.
- Dr. Hans Friedrich Blunck: Impresión de Kiew, I/II, 46.
- Dr. Bruno Brehm, Viena: La escuela mortal, I/II, 8.
- Teniente Coronel Bremer, Berlín: La estrategia inglesa y Europa, IV, 29.
- Dr. C. H. Carp, 's Gravenhage, Holanda: La esencia del bolcheviquismo, I/II, 25.
- Francisco Javier Sanchez Carrilero: Lo que la campaña del Este representa para Europa, IV, 50.

- Vitéz Stefan v. Csiscery-Ronay, Budapest: Un testamento contra Europa, IV, 39.
- Jacques Doriot, Legión francesa: Por nuevos caminos, VI, 25.
- Corresponsal de guerra, Dr. Andreas Feickert: El primer ataque, I/II, 49.
- Coronel del Estado Mayor, A. Gantschew, Sofía: Europa y el ejército bolcheviquista, III, 23.
- T. J. Gaspar, Presburgo: El nacimiento heroico de nuestra época, X/XI, 47.
- Adolf Hitler: El bolcheviquismo y la comunidad de los pueblos europeos, I/II, 90.
- Ministro Prof. Velibor Jonić, Belgrado: El ser o el no ser de Europa, VIII/IX, 37.
- Corresponsal de guerra Dr. R. Lagrou: Holandeses y flamencos ante el ataque, I/II, 41.
- Dr. Alfredo Marquerie, Madrid: La organización de Europa y la Cruzada contra el Comunismo, I/II, 5.
- E. Toda Oliva, Madrid: Oración por la División Azul, IV, 61.
- Prof. Alfredo Pimenta, Lisboa: La hora decisiva, I/II, 18.
- Hjalmar Pöhl, Estocolmo: El calvario de mi feligresía sueca, III, 13.
- Almirante G. von Schoultz, Helsinki: La lucha por el Mar Báltico, V, 29.
- Teniente Horst Slesina: La batalla entre dos mundos, V, 11.
- El comandante de la División Wikinga: A mis soldados, III, 50.
- Prof. Dr. L. Wladikin, Sofía: El despertar heroico, I/II, 64.
- Corresponsal de guerra Kurt Ziesel: Europa y la máscara del Este, IV, 44.
- Teniente Dr. Heinz Zilcher, Frente Africano: Encuentros africanos, VII, 27.
- Corresponsal de guerra, Erich Zimmer: En el frente húngaro, III, 44.

IV. Milicia

- Rafael Prieto Alarcón, División Azul: Los muertos mandan, VI, 10.
- Achim von Arnim: Última carta de un voluntario, X/XI, 57.
- René Baert, Bruselas: La marcha de los legionarios, X/XI, 50.
- Karl von Clausewitz: La audacia, I/II, 78.
- Karl von Clausewitz: El genio de la guerra, III, 64.
- Federico el Grande: El camino de un soldado joven, III, 75.
- Johann Wolfgang von Goethe: El canoneo, VIII/IX, 69.
- Dr. Janko Janeff, Sofía: De la libertad del nuevo hombre, I/II, 72.
- Prof. Dr. Sándor Varga v. Kibéd, Budapest: Heroismo como deber espiritual, X/XI, 34.
- Capitán Dr. Ossi Kivelä, Helsinki: Soldados de una Europa nueva, X/XI, 31.
- Mannerheim, Mariscal de Finlandia: El honor de la patria, VIII/IX, 15.
- Gajus Marius: Marcha a la campaña africana, VI, 42.

- Benito Mussolini: La filosofía del valor, I/II, 88.
 Périkles: Los inmortales, XII, 56.
 Relatos de camaradas de guerra del Führer: Adolf Hitler en la guerra mundial, V, 34.
 Alfred de Vigny: Sobre el honor, IV, 56.
 Xenophon: Arenga a los jefes del ejército, IV, 59.

V. Camaradería entre los pueblos

- Alfredo Barran, División Azul: Forjamos la unidad de Europa, VIII/IX, 22.
 Dr. Åke Berglund, Estocolmo: Gratitud, IV, 14.
 Tony Guedel, Legión Francesa: La camaradería juvenil de la guerra, I/II, 52.
 Sven Hedin, Estocolmo: Advertencia y esperanza, IV, 7.
 M. Barroso Hernández, División Azul: Confraternidad de armas entre alemanes y españoles, X/XI, 29.
 Dr. Esa Hyyppä, Frente de Finlandia: Europa está naciendo en la lucha, VII, 4.
 Prof. Veikko Antero Koskenniemi, Helsinki: El frente europeo, I/II, 12.
 Kauko K. Kula, Helsinki: La confraternidad de armas, VI, 17.
 Lucien Lacroix, Legión francesa: El llamamiento general, VIII/IX, 39.
 Jacques de Lesdain, Paris: La lucha por un mundo mejor, IV, 13.
 Dr. Magnoni, Inspector de la GUF, Roma, actualmente en el frente africano: El credo de la juventud, XII, 25.
 Embajador Todor Nedkow, Sofia: Idea nacional y espíritu europeo, V, 21.
 José M. Pemán, Madrid: Movilización de corazones, I/II, 84.
 Prof. Alfredo Pimenta, Lisboa: A la juventud de Europa, VI, 14.
 Dr. Rupert Rupp, Berlin: La hora de la juventud, III, 8.
 Antoine de Saint Exupéry, Marsella: Camaradería, X/XI, 52.
 Jean Vermeire, Legión Valona: La camaradería de los soldados europeos, VI, 35.
 Rolf Wegweis, Zurich: La gran idea, VIII/IX, 25.

VI. Política e Historia

- Emperador Augusto: Resumen de una vida heroica, VIII/IX, 66.
 Bernal Diaz del Castillo: Europa en la Tierra Nueva, VII, 38.
 Cristóbal Colón: El viaje a América, V, 61.
 Baron Julio Evola, Roma: La idea imperial y el universalismo, X/XI, 17.
 Pietro de Francisci: El espíritu de la historia, V, 57.
 Gjula Gömbös: La responsabilidad ante la historia, VII, 55.
 Johann Gottlieb Herder: Sobre el carácter de las revoluciones universales, IV, 54.
 Kemal Pascha Ataturk: La autoridad, III, 72.

- Heinrich von Kleist: ¿Qué está en juego en esta guerra? VI, 43.
 Ministro Dr. Gulbrand Lunde, Oslo: Las leyes espirituales de los acontecimientos mundiales, VII, 12.
 L. Sánchez Maspons, Madrid: Europa en España, III, 4.
 Dr. Werner Meyer, Schaffhausen: Europa como gran espacio, VII, 18.
 Prof. Karl Olivecrona, Lund: Europa y América, III, 28.
 Platón: Diálogo sobre la ley, V, 42.
 Leopold von Ranke: La patria espiritual, I/II, 80.
 Prof. Dr. L. Wladikin, Sofía: El arte de la gobernación del Estado, VII, 32.

VII. Política social y economía

- H. Fischer, Frente del Este: Rusia como tarea futura de Europa, X/XI, 41.
 Rudolf Hoffmann, Berlín: Proyecto para el tráfico europeo, VI, 27.
 Prof. Heinrich Hunke, Berlín: Pueblo y espacio en el nuevo orden político-económico de Europa, I/II, 59.
 Prof. Ugo Indrio, Roma: El capitalismo y su vencimiento, IV, 18.
 Dr. Remy, Colonia: Cooperación europea en África, V, 24.
 Alférez Georges Reynaud, Legión Francesa: La gran obra de reconstrucción, VII, 6.
 Prof. Oliveira Salazar, Lisboa: Todos los trabajos tienen la misma dignidad, IV, 24.
 Dr. Matthias Schmitt, Berlín: Cooperación europea en África, VI, 39.
 F. Schneyder, Frente del Este: Rusia como misión europea del futuro, VII, 41.
 Teniente Dr. Giuseppe Solaro, Turín: Conducción de la economía e iniciativa particular en la nueva Europa, VIII/IX, 45.
 Dr. Wilhelm Stuckart, Berlín: Pensamientos sobre la realización práctica de la unificación europea A, VIII/IX, 29.
 Dr. Wilhelm Stuckart, Berlín: Pensamientos sobre la realización práctica de la unificación europea B, X/XI, 12.

VIII. Ciencia y educación

- Carl Benz: El nacimiento del automóvil, VII, 45.
 Prof. Milutin Dobrenić, Zagreb: Política y educación, X/XI, 36.
 Max Eyth: Sobre la potencia creadora del inventor y del descubridor, VII, 42.
 Dr. Ulrich Gmelin, Berlín: Estudiante y obrero en la nueva Europa, XII, 19.
 Gracian: El gran modelo, XII, 43.
 Otto Lilienthal: Sobre el vuelo, VII, 49.
 Marcus J. Monrad: Política y ciencia, XII, 40.
 Werner von Siemens: Viaje a caballo a través del Cáucaso, XII, 47.
 Esteban Tumorug, Bucarest: El nuevo hombre, VIII/IX, 20.

- S. Vitković, Agram: El idealismo de la juventud, VIII/IX, 8.
 Juan Luiz Vives: La ciencia y la vida, X/XI, 54.
 Hans Neidart Wagner, Berlin: Estudiantes de Mussolini, III, 38.
 Corresponsal de guerra Dr. Kristian Zarp: Transformación y porvenir de los estudiantes, X/XI, 21.

IX. Cultura y Arte

- Ludwig van Betthoven: Palabras de un hombre heroico, I/II, 77.
 Bettina Brentano: El genio artístico, III, 61.
 Ernesto Giménez Caballero, Madrid: La espiritualidad española y Alemania, III, 51.
 Francisco Garcia Carrilero, Division Azul: Política y arte, VII, 10.
 Dr. Ulrich Gmelin, Berlin: Sobre la potencia creadora en la guerra, X/XI, 26.
 Arthur Conde Gobineau: Gratitud a la vida, VII, 52.
 Johann Wolfgang von Goethe: Lo excepcional, III, 58.
 Marie Hamsun, Grimstad: Los viajes de mi vida, III, 34.
 Franz Liszt: El poder del arte, V, 54.
 Adam Oehlenschläger: Sobre el idioma y el carácter de las naciones europeas VIII/IX, 26.
 Willem Sassen, La Haya: El arte en la Unión Soviética, VI, 23.
 Torquato Taso: Diálogo sobre la belleza, VIII/IX, 59.

X. Creación y destino

- Dante Alghieri: Leyes de nuestra vida, X/XI, 59.
 Johann Wolfgang von Goethe: El tiempo y el destino, I/II, 76.
 Ludwig Holberg: Sobre el entusiasmo, VIII/IX, 53.
 Friedrich Hölderlin: Las horas del entusiasmo, VI, 45.
 Dr. Janko Janeff, Sofia: El semblante de la época titánica, VI, 21.
 Nicolaus Kopernikus: Sobre el movimiento de la tierra y de los astros, X/XI, 63.
 Marco Aurelio: El camino hacia el todo, I/II, 73.
 Orkki Melartin: Mirada hacia adentro, XII, 54.
 Blas Pascal: Sobre el infinito, VI, 48.
 Francesco Petrarca: Hechos y palabras, VIII/IX, 55.
 José Antonio Primo de Rivera: Unidad de Destino, VI, 53.
 Philipp Otto Runge: Pensamientos sobre lo divino, VIII/IX, 57.
 Friedrich von Schiller: La ley moral de nuestra vida, VIII/IX, 63.
 Arturo Schopenhauer: Máximas de la vida, V, 48.
 Teniente Primero Otto Simon: Cartas del frente, VIII/IX, 4.
 Marqués de Vauvenargues: Sobre la potencia creadora, V, 51.
 Leonardo da Vinci: Sobre los misterios de la tierra y de la vida, V, 46.
 Prof. Karl Vossler, Munich: Del honor español, XII, 39.